

神戸市外国語大学 学術情報リポジトリ

古代からポスト・グローバル時代までのバスク地方 と世界におけるスポーツ文化私論

メタデータ	言語: jpn 出版者: 公開日: 2015-12-22 キーワード (Ja): キーワード (En): 作成者: アントニオ・マルティン・ボッシュ (アリチ), パブロ, Antonio Martín Bosch (Aritz), Pablo メールアドレス: 所属:
URL	https://kobe-cufs.repo.nii.ac.jp/records/2018

This work is licensed under a Creative Commons
Attribution-NonCommercial-ShareAlike 3.0
International License.



Esbozo sobre la Cultura deportiva desde la antigüedad hasta la Post-globalización en Euskal Herria y en el Mundo

Pablo Antonio Martín Bosch (Aritz)

INTRODUCCIÓN:

El objeto de estudio del presente trabajo va a centrarse en lo que hemos venido a titular como “cultura deportiva y post-globalización en *Euskal Herria* y en el mundo”. Entendemos que el propio encabezamiento es harto complejo, no sólo para una cosmovisión tan alejada de la que origina esta reflexión como es la cultura japonesa, cuanto por el uso que se pudiera hacer de los términos que la completan.

Antes de adentrarnos en un terreno tan amplio como el propuesto vamos a intentar definir con precisión algunos términos que pudieran sernos tan familiares que pudieran acabar siendo más un problema que una solución a la hora de entendernos. Para ello, siempre dentro de nuestras posibilidades, vamos a seguir la orientación iniciada por los grandes de la lógica de comienzos del siglo XX y que desembocó en lo que se ha venido en denominar el Primer Wittgenstein y sus seguidores del **Neopositivismo** o **Círculo de Viena**. Según estos, las Ciencias Naturales han de utilizar términos susceptibles de ser sustituidos por descripciones ostensivas. Se entiende por tales aquellas que puedan ser representadas directamente por un objeto; así, por ejemplo, en lugar de decir “coche”, bastará con indicar la existencia de un vehículo para que su comprensión sea factible. Esta postura es de gran utilidad a la hora de aprehender nociones concretas en diversos idiomas, pues si no conocemos lo que significa “*car*” en inglés, podremos indicar un coche real (o representado mediante dibujos o fotografías) y llegar así al núcleo de la información. De igual manera, supongamos que alguien desconoce el significado de “color rojo”, y que, a la hora de explicárselo se coloque en una bolsa una cantidad determinada de bolas amarillas y una sola del color reseñado, el orientador o maestro procederá a extraer las diferentes bolas de colores diciendo: “bola amarilla”; o “bola roja” en función del objeto que aparezca ante nuestros ojos. Evidentemente, al tratarse siempre de bolas se obviará tal concepto y el distintivo será el color, por lo que su concepto será claro y distinto del “amarillo”. Es otro modo de acceder al significado de los términos que va a utilizar la Ciencia Natural (la

denominada *via negationis*: si no es amarilla es porque es roja); una vía argumentativa utilizada durante la Edad Media para definir la esencia divina y concluir su necesaria existencia.

Por último, el neo-empirismo, nombre que también toma ésta primera propuesta, admite lo que se ha denominado la “teoría pictórica de la realidad”, según la cual, y tras establecer las analogías precisas, pueden utilizarse otros objetos en lugar de los originales (descripción ostensiva) como en el caso de la narración de un accidente de tráfico en el que se ven involucrados dos vehículos, pero representados ahora por dos trozos de tiza que el emisor previamente ha expuesto como representantes de los automóviles involucrados y que acerca paulatinamente hasta concretar las condiciones y posición de cada uno de ellos en el momento fatal. El lenguaje, así, es útil en tanto en cuanto sirva para la comunicación de hechos y situaciones concretas, pero inútil a la hora de tratar conceptos abstractos como la “hermosura”, la “ética”, la “política” o cualquier simbolismo subyacente a lo manifiesto.

Para esto último vamos a hacer caso al Segundo Wittgenstein, más centrado en el uso del término que en su descripción ostensiva, y que se desarrollará a través de la Filosofía Analítica (aunque por tal también viene a entenderse la evolución de los estudios de Lógica previos a su primera teoría, es decir, aquella derivada de autores como Frege y Russell, y Whitehead). Un ejemplo utilizado por el propio Wittgenstein será el de la definición de “juego” o “deporte”, tal y como tendremos ocasión de comprobar, ya que ambos conceptos no pueden resumirse en meras “descripciones ostensivas” al no ser posible la sustitución del mismo por un objeto o relación de objetos mostrados de manera evidente.

Si bien la segunda escuela filosófica fundada por el vienés de nacimiento y británico de adopción, tras la anexión nacionalsocialista de su lugar de origen, se asienta en las nociones del “uso” o “utilización” de los términos, y, por consiguiente, la necesaria interpretación (hermenéutica) de los mismos, tal y como se desprende de los denominados *Cuadernos Azul y Marrón* (por las portadas de los mismos; ed Tecnos), escritos en la tercera década del siglo XX, su interés ya se plasma en los *Diarios Filosóficos de 1914-1916* (ed. Ariel) .

Así pues, nuestro estudio ha de comenzar por definir con claridad, algo que como veremos no es nada fácil, los términos de “cultura”, “deportiva”, “post-globalización” y “*Euskal Herria*”.

El término “cultura” proviene del latín, tanto en su versión castellana o indoeuropea, cuanto en su traducción vasca: “*kultura*” (hacemos esta acotación a fin de que se tenga en cuenta la distinción de idioma entre el *euskara* y las lenguas indoeuropeas; cuanto que se considere el *euskara* como marca identitaria, y, así mismo, se asuma con normalidad la imbricación lingüística en el territorio que tomaremos en consideración más adelante).

La “cultura” hace mención al cultivo (como, por ejemplo, cultivar legumbres), del mismo modo que al conjunto de conocimientos que permiten desarrollar un juicio crítico (se habla de personas cultas o cultivadas enfrentadas a las agrestes o sin cultivar); también se habla de cultura cuando se trata del conjunto de modos de vida y costumbres, etc. encontrando su oponente en el bárbaro o inculto, ignorante de las mismas; y, de la misma manera, el culto religioso se refiere al conocimiento de la liturgia y ritual de un conjunto de creencias determinado. Lo culto es lo trabajado, lo cultivado en busca de un fin concreto, bien se trate de legumbres, artes, creación de enseres o acciones militares, abarcando un largo etcétera.

Cuando aquí hablemos de cultura se tratará, en general, del conjunto de conocimientos transmitidos oralmente o por escrito acerca de ciertas nociones. Es evidente que se trata de una concepción muy abstracta, poco precisa desde el punto de vista de las Ciencias Naturales, que va a incluir tanto a la Cultura Material como a la Espiritual (hechos y creencias), pero que nos va a permitir entender mejor de qué estamos tratando.

Debe quedar claro, así mismo, que cuando hablamos de diferentes culturas no lo hacemos como si se tratara de esencialismos espurios, si se habla de Cultura Vasca no podemos suponer que sea ajena a la influencia de otras como la castellana, aragonesa, francesa, etc. Es un error concebir identidades ideales sin tener en cuenta influjos anexos. Clark Wissler (1870-1947) reafirmó las diversas identidades culturales, buscando centros identitarios donde quizás no los había; y otros autores desarrollaron tal hipótesis pensando en la posible difusión (Graebner (1877-1942), Smith (1864-1922), Rivers (1864-1922)) de una serie de conceptos básicos (Marvin Harris, **El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura**, ed. Siglo XXI; Paul Bohannan y Mark Glazer, **Antropología**, ed. McGraw-Hill). Las interrelaciones culturales entre territorios limítrofes es una constante, tanto en el terreno de las creencias religiosas, las prácticas rituales, los deportes y juegos; las danzas; y un largo etcétera. No existe una “cultura vasca” ajena a la “cantábrica”, la “occidental” o la

“europea”. La cultura vasca se nutre de sus adyacentes, lo mismo que éstas de la mencionada.

Esto implica, a su vez, que la Cultura, en general, se ve influenciada por la economía, la política, las creencias y un largo etcétera; del mismo modo que cada una de ellas recibe su propia dosis en su desarrollo. El marxismo ortodoxo o economicista quiso reducir la cultura a las relaciones económicas, y acertó en parte, pero se olvidó de otra muy importante en su postulado: las relaciones entre la infraestructura económica y la superestructura ideológica ha de ser también recíproca, algo que Frederic Engels arregló a su manera tras la muerte de Marx. La economía manda, pero no siempre; un líder puede marcar el destino de la Historia (lo vimos en Tiananmén); la ideología puede determinar el deambular de la historia; y la propia economía conlleva una ideología en su seno (autores de la denominada Ciencia, Tecnología y Sociedad, como Javier Bustamante en el Reino de España).

Para el caso de los deportes y los juegos vamos a retrotraernos al segundo Wittgenstein y su concepto de “**juegos de lenguaje**”. Éste nos indica que los diferentes usos lingüísticos –frente a la concepción fisicalista defendida con anterioridad, donde cada término podía ser reemplazado por su descripción ostensiva, o lo que es lo mismo, por un objeto o relación comprobable en el mundo de la Física–, pueden tener significación propia una vez establecidas sus reglas de utilización por una comunidad determinada. No es lo mismo hablar de la divinidad en un congreso de físicos que en un cónclave cardenalicio. Un ejemplo que podemos mencionar de primera mano es el de las Jornadas de Astronomía celebradas en la ciudad de Lleida (Catalunya), donde un ponente expuso sus opiniones acerca de la posibilidad de existir partículas o sub-partículas más veloces que la luz (Isaac Asimov las identificaba como **taquiones**), propuesta que soliviantó, en su sentido más literal, a gran parte de los oyentes, por considerar tal posición como herejía de la física imperante. Quizás el público no estaba lo suficientemente preparado para asumir el término, o no comprendió su alcance epistemológico.

El hecho es que el propio Wittgenstein considera ambos términos como problemáticos, ya que comprueba la complejidad de establecer una definición precisa de los mismos, puesto que en ningún caso son reductibles a meras descripciones ostensivas (no es posible situar un objeto en el lugar del término “deporte” o “juego”). Los lenguajes diferentes recurren a normas y reglas también desemejantes, lo mismo que ocurre con los juegos y deportes. Así, podemos

considerar como deporte el juego del ajedrez, lo mismo que el balón-mano; saltar a la cuerda, o ejercitar la esgrima; u otras muchas actividades.

Sin embargo, toda actividad deportiva, y todo juego, han de poseer una serie de características que las hagan aparecer como tales. Características que, a su vez, han de responder a ciertas necesidades históricas, de manera que lo que en un momento pueda ser considerado como deporte, más tarde pase a ser tratado como juego y viceversa. El deporte, el juego y la danza son manifestaciones de su propia historia, tienen un origen, un desarrollo y un final; un por qué y un para qué.

Si hacemos caso a la RAE (Real Academia de la Lengua) el término “*juego*” proviene del latín “*iocus*” (la “*i*” pasa luego a “*j*”, y la terminación “*us*” a “*o*”; quedando “*joco*” o “*joko*”, tal y como pasará al euskera). A continuación ofrece hasta catorce acepciones, de las que vamos a resaltar las siguientes: “2. m. *Ejercicio recreativo sometido a reglas, y en el cual se gana o se pierde. Juego de naipes, de ajedrez, de billar, de pelota*”; “12. m. *Habilidad o astucia para conseguir algo*”; y “14. m. pl. *Fiestas y espectáculos públicos que se usaban en lo antiguo*”. Para “deporte” afirma que deriva de “deportar”, y ofrece otras dos acepciones: “1. m. *Actividad física, ejercida como juego o competición, cuya práctica supone entrenamiento y sujeción a normas. Y 2. m. Recreación, pasatiempo, placer, diversión o ejercicio físico, por lo común al aire libre*”. En ambos casos comprobamos que las definiciones se imbrican unas a otras, o lo que es lo mismo, no existe una línea marcada entre ambas actividades. Desde que Wittgenstein planteara el problema en la tercera década del siglo XX hasta nuestros días ha llovido en abundancia, pero todos los estudiosos del tema parecen estar de acuerdo al menos en las características generales que apuntan a la competición, el carácter lúdico y desinteresado de sus participantes, y al establecimiento de reglas o normas previas aceptadas por todos los participantes.

Más allá de lo dicho todo son incógnitas irresolutas. Quienes se han centrado en el carácter competitivo del juego y el deporte no han sido capaces de dar razón de actividades individuales. Así, el propio Wittgenstein dudaba de la posibilidad de la creación de un “juego de lenguaje” aplicable a un solo individuo (*solipsismo*), ya que, por el mero hecho de tratarse de un lenguaje debería tener como función primordial la comunicación (imaginemos a un niño acompañado por sus padres que quiere demostrarse a sí mismo que puede correr más rápido que un camión en la distancia entre dos semáforos; sale

corriendo sin conocimiento de nadie externo a él, y comprueba su capacidad; ¿Hasta qué punto es juego, lenguaje, comunicación o deporte?). Quienes han resaltado la competitividad no responden a los juegos y deportes no competitivos (como jugar al baloncesto sin contrincante material). Quienes prefieren hablar del movimiento físico no dan razón de actividades sedentarias como el ajedrez, que es, por otro lado, considerado como deporte. Y quienes prefieren la actividad mental no pueden explicar los intereses de la esgrima en tanto movimientos automáticos del individuo. Otros autores han resaltado el carácter lúdico de los juegos, pero ¿quién no ha sentido rabia al perder o al no conseguir los objetivos propuestos? La diversión no puede ser considerada como finalidad del juego o del deporte, muestra de ello son las diversas patologías asociadas al mismo (ludopatías).

El hecho es que definir el juego y el deporte, ambos mutuamente imbricados, es harto complicado; si bien podemos comprobar que lo que en un tiempo fue juego pudo pasar a ser considerado como deporte, o como danza, en épocas posteriores. Más adelante tendremos ocasión de comprobar tales aseveraciones, así como las relaciones de ambas disciplinas con el arte de la guerra, la ideología y las actividades económicas.

Desde el momento en que nos proponemos hablar de “cultura deportiva” nos encontramos con grandes obstáculos en el uso de sus términos. Algo parecido nos sucede cuando queremos referirnos al mundo de las creencias, ya que personajes míticos pueden solaparse con los legendarios, que, a su vez comparten características con cuentos y fábulas. En algunos artículos hemos incidido al respecto.

El tercer término que debemos analizar es el de la “post-globalización”. En este caso hemos de hacer mención de las diferentes fases que ha recorrido la humanidad, y para ello vamos a recurrir, de nuevo, a la terminología marxista, que divide la Historia en un periodo pre-histórico (comunismo primitivo, donde no existen ni la propiedad privada, ni el Estado ni la familia en su sentido actual); la esclavitud (donde se define quién es propietario y quién esclavo; la familia patriarcal se impone en occidente europeo a fin de conceder la patria potestad y por tanto decidir los herederos; y el Estado, garante de la recaudación de impuestos para mantener un grupo inactivo económicamente que solucione los problemas del orden público en el interior y el exterior de las fronteras); el feudalismo (donde los esclavos se revelan y consiguen ser considerados siervos de la gleba); las sociedades pre-capitalistas (cuando se conforman las primeras

hermandades de obreros); la sociedad capitalista (asentada en la acumulación del capital, propio del siglo XIX); el colonialismo (también desarrollado a partir de las concepciones capitalistas del siglo XIX y ampliadas a los comienzos del XX); el imperialismo (denunciado por Vladimir Illich Uliianov “Lenin” en *El Imperialismo, fase final del capitalismo*, obra que predecía la caída del capitalismo, cosa que no ocurrió), y que precisaba la autogeneración del capitalismo de nuevo cuño basado en el dominio económico frente al militar del colonialismo previo; el imperialismo de nuevo cuño, propio de las primeras décadas del siglo XX; la post-modernidad, movimiento enfrentado a los ideales racionales del siglo XVII y XVIII, reduciendo todo conocimiento científico posible a su explicación física y al lenguaje matemático; y concluyendo en la Globalización, desarrollo último, hasta el momento, del capitalismo iniciado en el siglo XIII y que pretende la unificación de la economía, y por consiguiente de toda su superestructura en una macro-sociedad (el mercado se considera universal, donde pocas fuerzas puedan dirigir el destino de la humanidad; se procura, así mismo, la creación de una religión universal, donde cada credo ceda algo a favor del objetivo final; las políticas regionales deban someterse al “bien común” establecido por las élites establecidas; y donde las culturas autóctonas pierdan su idiosincrasia a favor de lo común). Por último, y tras la globalización, algunos movimientos han ido buscando resquicios en lo que se ha denominado post-globalización (vuelta de tuerca a lo previo, lo que implica economías nacionales; identidades propias; culturas diferenciadas; y, en lo que a nosotros nos atañe, deportes y juegos con reglas y normas no regladas en competiciones habituales). Bien es cierto que el marxismo no puede ser considerado como dogma, pero sí nos ofrece una visión útil para comprender la historia de la humanidad.

Por último, también hemos de hacer mención al término “**Euskal Herria**”. Por tal vamos a entender los territorios divididos en dos Estados (la república francesa y el Reino de España), dentro del territorio republicano, e incluidas en Aquitania, y dentro de ésta en los Pirineos Atlánticos, se encuentran Lapurdi (Labourd); Zuberoa (Soule); y Nafarroa Behera (Baxe Nafarroa). En el territorio del Reino de España encontramos la Comunidad Foral de Navarra (Nafarroa en euskara); la Comunidad Autónoma Vasca (CAV) o Euskadi –que cuenta, su vez, con las provincias de Araba/Álava, Bizkaia/Vizcaya y Gipuzkoa/Guipuzcoa; y los Condados de



Trebiño/Treviño –actualmente perteneciente a Burgos y Comunidad de Castilla y León, a pesar de las múltiples solicitudes realizadas por la mayoría de sus habitantes y representantes políticos para enclavarse en Araba/Álava; y el Señorío de Trucíos/Trutzio, inmerso en territorio vizcaíno, y también litigando por su incorporación al terruño mater– (Jose Mari Esparza Zabalegi, **Mapas para una nación, Euskal Herria en la cartografía y en los testimonios históricos**, ed. Txalaparta; el mapa de la ilustración corresponde al realizado por Louis Lucien Bonaparte acerca de los dialectos del euskara).

Euskal Herria, va a ser, por lo tanto, el término que vamos a utilizar para referirnos al territorio en el que históricamente se ha hablado en euskera, más los límites administrativos o políticos propios, no tanto como a una realidad estatal establecida o reconocida por los organismos internacionales. Hacemos estas puntualizaciones por lo siguiente: 1. Si bien el Reino de Pamplona y, posteriormente el de Navarra pudo extenderse por parte de los territorios enunciados, no lo hizo siempre de manera uniforme ni generalizada (Lapurdi/Labourd caía dentro de los dominios de la corona británica de la Guyena) y Zuberoa/Soule no tenía vasallaje con el rey navarro). 2. El uso del euskera ha ido variando a lo largo de la historia, e investigadores parecen confirmar su pérdida temprana en Las Encartaciones (oeste vizcaíno), y sur de Araba/Álava y Comunidad Foral de Navarra/Nafarroa. 3. Sin embargo, hasta mediados del siglo XX se ha utilizado la denominación “vasco-navarra” tanto por los defensores de una entidad propia como por sus detractores, considerando tal unidad como hecho diferenciado. 4. A pesar de los intentos de separar las realidades político-culturales de las actuales CFN (Comunidad Foral Navarra) y la CAV (Comunidad Autónoma Vasca) hemos de tener en cuenta dos realidades que lo contradicen: a) la comunidad internacional, por medio de sus diccionarios y enciclopedias consideran al País Vasco (Pays Vasque, Basque Country, etc.) como colectividad cultural desarrollada a ambos lados de los Pirineos; b) la conquista de la Navarra peninsular (Nafarroa Garaia) no puede deslindarse de la Continental (Nafarroa Behera) que mantiene como emblema el mismo escudo como seña de identidad. Es el Reino de Navarra/Nafarroa quien vertebra una nación sin estado, por mucho que quieran oponerse los políticos de turno (ver Iñaki Sagredo, **Navarra. Castillos que defendieron el reino**, t. I-IV).

Para acabar con esta introducción vamos a indicar que consideramos la Historia como un desarrollo dialéctico, algo que ya se vislumbraba con desde Heráclito de Éfeso (ca. 540-470) y que fue desarrollado por Hegel (1770-1831) y Marx (1818-1883). Se trata de comprender la Historia como un conjunto de tesis

opuestas que van buscando una síntesis global, no en el caso del efesio, pero sí en el idealismo absoluto y en el materialismo dialéctico. Esta hipótesis supone que tras el dominio de una ideología va a surgir su contraria, al modo del péndulo que deambula de un extremo al otro, tal y como tendremos ocasión de comprobar. Las nuevas teorías y/o clases sociales conllevan en su seno a sus enterradores, por opuestos, que no logran sus objetivos al completo, sino una síntesis con los predecesores.

En lo que se refiere a la Cultura en general, también en lo que respecta al deporte, vamos a tener muy en cuenta la influencia que va a mostrar la economía, los medios de producción y las guerras. Los deportes han pasado por una serie de fases ligadas íntimamente al pensamiento filosófico y militar que los originaron. Así, todo deporte posee un origen mítico e histórico, con su nacimiento, desarrollo y declive propio. Historia que está íntimamente ligada, además, al territorio en el que se desarrolla. En ocasiones son las labores agrícolas, las técnicas de lucha y guerra, o las fórmulas de galanteo quienes dan lugar a danzas, juegos, lides, o artes marciales diferenciadas. En otras situaciones, la conciencia de la pérdida de ciertas actividades o habilidades han llevado a su recreación.

El capitalismo ha creado la cultura de la competición remunerada: los deportistas profesionales; lo mismo que la globalización, ha incidido en la uniformización de tales prácticas. Nuestra labor será la de adentrarnos en tales experiencias a fin de vislumbrar la evolución y, a partir de ella, el futuro del deporte tras la misma.

Los juegos, los deportes, las competiciones, las guerras y las danzas ha ido entretejiendo un entramado muy resistente a lo largo de la Historia, de manera que lo que pudiera ser considerado como una actividad guerrera, ha de precisar una serie de ejercicios que se han hecho realidad en verdaderas lizas y competiciones que, a su vez, han derivado en los deportes, por un lado, y en danzas y juegos por el otro.

De igual manera, la evolución de las técnicas deportivas de la lucha greco-romana ha podido incidir en los modelos de lucha entre combatientes singulares (por ejemplo, se llegó a prohibir a los oriundos de Esparta a tomar parte de los Juegos Olímpicos en las categorías de lucha libre). Las guerras han precisado de sus técnicas, tácticas y estrategias, entre las que se han tenido en consideración los ejercicios individuales y colectivos (de coordinación de

falanges, regimientos y demás unidades militares, por un lado, y el adiestramiento individualizado del uso del arma como utensilio destinado a la defensa y al ataque, por el otro).

El adiestramiento ha devenido en ocasiones en competición, como es el caso de los torneos medievales, con pruebas específicas de tiro con arco, cucañas, galopadas, carreras, etcétera. También la guerra ha encontrado su sitio entre los juegos, tales serían, por ejemplo, el ajedrez, las apuestas por los dados, o los videojuegos bélicos actuales.

Las danzas, una vez más, han podido reflejar tanto batallas y enfrentamientos (danzas de moros y cristianos), como ejercicios de esgrima (danzas de broqueles, espadas, bastones, banderas, o puñales). Y así mismo han sido el origen de diversas actividades deportivas, como la esgrima, el tiro con arco, con ballesta, el pugilato, la lucha greco-romana, y un largo etcétera. De esta manera es muy difícil delimitar las influencias recibidas de un campo sobre otro.

A partir de aquí vamos a intentar dar unas pinceladas sobre la historia del deporte, las guerras, las danzas y los juegos en la Europa Occidental, y más concretamente en *Euskal Herria*, a fin de ofrecer posibles direcciones en lo que se puede considerar como post-globalización. Comprender la Historia no sólo nos permite no recaer en los fallos anteriores, sino también vislumbrar el posible futuro que se nos avecina.

La danza, el juego y el deporte en el Paleolítico.

Por definición, el paleolítico es el tiempo que abarca el uso de la piedra (lito) antigua (paleo-). Suele dividirse en tres periodos: paleolítico inferior, medio y superior.

El paleolítico comprende el periodo de tiempo en el que los hombres y mujeres utilizaron de modo consciente, previsor y con una finalidad muy concreta piedras trabajadas por ellos mismos. Se trata de una época en que la mayoría de los instrumentos utilizados y creados por el hombre eran de piedra, esto no evita que en desarrollos posteriores también se haya usado, por ejemplo a la hora de afilar cuchillos o, incluso hachas de piedra ante la carencia de otro material. Así, en épocas propias de la industrialización, las colectividades campesinas siguieron recurriendo a la piedra como material imprescindible en sus avituallamientos.

Se diferencia así del uso, incluso habitual, que puedan hacer otros simios y pre-hominidos que, si bien es cierto que las manejan, lo hacen sin una elaboración propia. Actualmente sabemos que ciertos simios poseen la capacidad de manipular pajas y palillos para conseguir alimento en los troncos huecos, o de manejar piedras con fines prácticos. Pero, al referirnos a animales previos a la hominización, no van a ser considerados como actividades paleolíticas, aunque puedan mostrar un continuo evolutivo más o menos evidente.

A lo largo del siglo XIX, las concepciones bíblicas imperantes, se revolucionaron con las teorías evolucionistas de Charles Darwin (1809-1882) y Alfred Russell Wallace (1823-1913) para, a partir de ellos, iniciarse un estudio en profundidad de los grandes simios superiores (gorila, orangután y chimpancé, y, últimamente dentro de este último grupo, el de los bonobo). Se afirmaba, siguiendo las pautas científicas en boga, que de los gorilas surgieron los habitantes del continente africano, donde residen; de los orangutanes partían los asiáticos; y por fin, de los chimpancés, animales considerados como más inteligentes, los europeos. Se trataba de una visión etnocéntrica que, llevada a su máxima expresión, acabaría justificando el dominio racial colonialista de Chamberlain y, posteriormente, del nazismo alemán y sus versiones más suaves de los diferentes fascismos, pero de las que no fueron ajenas las ideas más liberales o conservadoras.

Dichos estudios superaron varios prejuicios pre-científicos, como son la supuesta incapacidad innata de los simios para la comunicación (de hecho se ha demostrado que podemos mantener conversaciones con ellos a través de un lenguaje gráfico, limitado, eso sí, pero eficaz); y la incapacidad de dichas especies para elaborar instrumentos (de tal forma que se ha confirmado no sólo la pericia para utilizar elementos bajo adiestramiento – como bien mostrara Wolfgang Köhler (1887-1967) con los chimpancés, en **Experimentos sobre la inteligencia de los chimpancés**, ed. Debate–, sino también la posibilidad de innovar en el uso y transmisión cultural de otros elementos, como palillos afilados, hojas para fines medicinales, y un largo etcétera, transmitidos de generación en generación en poblaciones muy limitadas).

A pesar de todo esto, aún no se ha llegado a la conclusión de que estos simios hayan logrado crear utensilios propios fuera de los más elementales, aunque todo se andará.

La especie *Homo* se diferencia, así, de sus parientes más próximos, en la capacidad de fabricar (*homo faber*) sus propias herramientas. Y las primeras conocidas fueron de piedra. De ahí la denominación de paleolítico para el periodo de tiempo en el que dominan tales instrumentos. Su extensión abarca desde los 2.85 millones de años a los 12.000 años antes de nuestra era (a.n.e.); y se asienta al menos en dos cuestiones de gran interés: los estratos geográficos; y los utensilios hallados (<http://es.wikipedia.org/wiki/Paleol%C3%ADtico>).

El estudio estratigráfico (el análisis de los diferentes niveles de sedimentación en un territorio) se hace al menos en dos niveles: la incidencia que tiene el clima en las capas heladas de los polos; y los restos geológicos que aparecen en una ubicación concreta. De hecho, este último análisis fue determinante para asentar la teoría de la evolución como probable y probada tras los estudios de Georges Cuvier (1769-1832) acerca de los fósiles, lo que invalidaba la tesis bíblica que opinaba que estos se debían al Diluvio Universal.

Su presentación teórica es sencilla hoy en día, aunque suscitó multitud de opiniones enfrentadas en su tiempo: el estrato más profundo (el nivel de sedimentación más hondo) representa una etapa más antigua, y, por lo tanto, exponía restos históricos previos a su capa superior, salvo casos especiales, como removimiento de tierras o caídas y derrumbes. Esto, que puede parecer una obviedad hoy, no lo era cuando Georges Cuvier lo hizo público, ya que no daba explicación a diversas elevaciones geológicas que pudieran invalidar su teoría. Del hecho de encontrar fósiles en principio justificado como curiosidades geológicas (piedras de forma especial), se pasó a pensar que se trataba de verdaderos restos óseos de animales y plantas petrificadas (Stephen F. Mason, ***Historia de las ciencias***, 5 vols. Ed. Alianza). Y entonces aparecieron varias teorías que trataban de explicar de un modo simple el por qué fósiles marinos se encontraban en altas cumbres, algo que, para la mentalidad de la época, sólo podía deberse a dos situaciones: o bien era cierta la hipótesis del Diluvio Universal, tal y como defendía la Iglesia basándose en sus libros sagrados, lo que derivó en la teoría neptunista de Abraham Werner (1749-1817), o bien debía de tratarse de elevaciones accidentales del terreno merced al calor interno del planeta Tierra, lo que originó la teoría vulcanista o plutonista de Thomas Hutton (1726-1797). Ambas teorías se enfrentaron durante décadas sin llegar a un punto de acuerdo (aún hoy subsisten a la hora de dar razón de las profundas grietas encontradas en Marte); pero, como se ha indicado, la discusión amainó con las propuestas catastrofistas de Cuvier, que admitía ambas como

verdaderas.

Actualmente, con la teoría de las placas tectónicas, tales reticencias parecen estar suficientemente superadas entre los académicos. Además, el estudio de las capas heladas de los polos (ártico y antártico u opuesto al ártico) así lo han corroborado. La Tierra, a través de sus cicatrices, es el gran libro de su propia Historia.

Ambas disciplinas, y otras derivadas de aquellas, han posibilitado recrear el clima, la fauna y la flora de las diferentes épocas. El análisis microscópico de las tierras propias del paleolítico nos ofrece, aún en la actualidad, la gran cantidad de esporas y pólenes que confluían en un determinado territorio, de manera que nos permite extrapolar acerca del hábitat propio de tales épocas. Las esporas y pólenes tienen la propiedad de poder mantenerse intactos a lo largo de grandes periodos de tiempo, conservando sus especificidades, de manera que permiten su identificación siglos después de haber desaparecido sus creadores.

Clasificar el porcentaje de esporas, pólenes y líquenes de un pequeño territorio en su estrato adecuado nos lleva a entender su flora aproximada, así como a aventurar el clima dominante. Las plantas solo se desarrollan en un hábitat propicio, y con un clima también determinado, de manera que podemos confirmar el entorno y meteorología precisos para que sus condiciones sean óptimas. Ha de tenerse en cuenta, sin embargo, la posibilidad o no de ser transportadas por la acción eólica, lo que constituye un problema, toda vez que vientos provenientes de África han podido trasladar partículas de un continente a otro, lo mismo que los procedentes del norte ártico, al menos en el caso europeo.

La aparición de huesos de animales nos permite, a su vez y unido a su alimentación, decidir sobre la fauna y flora del entorno. Restos óseos de animales hoy extintos en zonas determinadas permiten concluir no sólo acerca de su existencia, sino también de la flora precisa para que su dieta se viera garantizada.

Si, además, coincide con zonas de probado asentamiento humano, puede indicar la alimentación de sus habitantes. Encontrar huesos de bisontes, por ejemplo, junto a hogares primitivos pudiera indicarnos la primacía de tales uros en la alimentación humana y, consecuentemente, su reflejo en el arte parietal de manera que las figuras representadas en las cuevas pudieran ser interpretadas

como rituales mágicos propiciadores de la caza, algo que no parece corresponderse con la realidad, en la que los caprinos y ovinos, entre otros, copan la mayoría de los restos, mientras bisontes y ciervos, profusamente dibujados, constituyen un mínimo de la misma, tal y como se deduce de las manifestaciones en cuevas como la de Altamira.

En ocasiones se pueden encontrar zonas de habitación, como por ejemplo el uso continuado de hogares o fogatas en el interior de las cuevas, junto a restos animales, como concheros, huesos dispersos, cráneos de animales, etcétera, lo que corroboraría, en su caso, la importancia de los mismos en la alimentación o en los rituales realizados a su alrededor. En el caso de los cráneos, concretamente de los osos de las cavernas colocados en círculos, bien pudieran tener relación con algún tipo de ritual actualmente desaparecido.

Con un poco de suerte los investigadores pueden llegar a hallar huesos o parte de ellos de origen humano. Un pequeño trozo de hueso puede ser muy elocuente y describir a la persona que lo desarrolló. El hueso muestra la historia del ser que lo poseyó. Un pequeño fragmento de cráneo puede indicarnos si se trataba de una mujer o de un varón; la pelvis nos informa sobre si era fértil o no, e incluso de cuántos hijos tuvo (en caso de ser mujer); los molares nos indican la edad; lo mismo que el esternón; los desgastes dentarios y de las rótulas pueden hablarnos de sus actividades económicas (si pasaba largas horas agachado, por ejemplo); las comparaciones entre los húmeros izquierdo y derecho nos hablan de su manejo diestro o siniestro; el fémur aproxima su altura, etcétera. Los huesos también nos hablan, no sólo para el esclarecimiento de crímenes actuales, sino del modelo de vida de nuestros ancestros (William R. Maples, **Los muertos también hablan**, Ed. Alba; Karen Ramey Burns, **Manual de Antropología forense**, ed. Bellaterra).

En otras ocasiones aparecen utensilios vinculados a su estratigrafía, lo que refuerza la hipótesis asociada al hábitat, o la invalida. Es el caso de instrumentos líticos próximos a hogares, o en zonas apartadas de la caverna, que pueden mostrar diferentes lugares de trabajo, la división del mismo por géneros, o incluso espacios de enterramiento. Por lo general parece verse el patrón de la departamentalización de las cuevas, con zonas de trabajo, de cocina, de habitación y de culto. Si, además, pudiéramos vincular la aparición de estatuillas femeninas en ciertas partes habitadas y masculinas en otras podríamos deducir otra serie de conclusiones simbólicas y sociales (Mircea Eliade, **Historia de las ideas y creencias religiosas**, ed. Cristiandad).

Uniendo tal cantidad de datos, como si de un puzle policial se tratara, podemos aventurar una solución al misterio acerca del paleolítico. El paleolítico puede tener, y ha de tener, una lógica interna, aunque no se corresponda con la que actualmente utilizamos.

Estudios realizados en las últimas décadas muestran que el cambio en el proceso de hominización ha implicado una variación en la posición del feto antes de nacer, de manera que si los primates nacen de cara al vientre materno, en el caso humano, lo hacen a la inversa. Esto, que parece nimio, es de gran importancia a la hora de comprender la solidaridad femenina que conllevaba el parto, ya que se precisaba de una comadrona que ayudara al nacimiento. Otros estudios han hecho patente dicha solidaridad al comprobar el cuidado de los enfermos y personas de edad avanzada por los miembros más jóvenes.

Por último, y también a tenor de estudios de la última generación, se ha dado por evidente que los seres humanos del paleolítico (tanto neandertales como cromañones) poseían un lenguaje hablado, en contra de lo que se opinaba anteriormente.

Sin embargo, hemos de tener en cuenta la imposibilidad absoluta de reconstruir la totalidad de la vida en el paleolítico. El clima ha variado, y mucho, a lo largo de su historia. Las glaciaciones han alterado las costas en varios kilómetros, de manera que asentamientos de la época pueden estar sumergidos actualmente en el océano. Cuevas habitadas junto al mar se encuentran hoy en día en el interior (como El Pindal en Asturias), y otras han desaparecido por efecto de las olas y las mareas. Nunca tendremos un mapa completo de la habitación paleolítica, y con ello hemos de convivir. Dicho esto, podemos intentar repasar el modus vivendi en función de los restos hallados.

Adentrarnos en el paleolítico, indefectiblemente nos lleva a la cultura cavernícola. Los hombres y mujeres vivían en cuevas. Esto es cierto, pero sólo en su medida. Tal apreciación se debe a la carencia de testimonios referentes a la vida nómada que pudiera haber mostrado habitáculos al aire libre o, como se ha indicado, en zonas actualmente bajo el mar. Asentamientos al aire libre son tan escasos que no ofrecen garantía sobre su interpretación.

Podemos suponer que las sociedades (o grupos humanos) del paleolítico se refugiaban en las simas y cavernas. Así y todo, sus habitantes muestran la suficiente inteligencia para ocupar unas (en las que se encuentran restos de

habitación y/o enterramiento), mientras otras son de paso (como El Pindal o Altamira), donde, aunque se realizan pinturas y grabados, pero donde no hay restos de habitación.

Es decir, existen cuevas con restos humanos pero sin pinturas, otras con restos de habitación, carentes así mismo de ornamentación; y otras con decoración pero sin muestras tangibles de haber sido habitadas. Las cavernas orientadas al norte son más proclives para ser utilizadas en verano, mientras otras orientaciones permiten un uso más continuado.

En los primeros podemos evidenciar la existencia de varias capas de hollín que atestiguan su uso a lo largo de grandes periodos de tiempo, podemos también encontrar diversos estratos propios de una era con instrumental lítico de fabricación, e incluso se han hallado lugares de enterramiento dentro de la propia caverna, lo que hace sospechar el interés de convivir con los muertos, la realización de rituales y, muy posiblemente, una incipiente religión centrada en el más allá tras la defunción.

En el caso de las tumbas, la aparición de plantas específicas junto a los cadáveres, y la colocación de instrumentos líticos (hachas, cuchillos) y huesos parecen avalar la creencia en dicha religión primigenia.

No hemos de olvidar, sin embargo, que los restos hallados y analizados suponen un tanto por ciento muy pequeño, máxime teniendo en cuenta que se centran en cavernas (no en zonas de cielo abierto), y en territorios del interior (no en ubicaciones actualmente cubiertas por el mar).

Otro tema de interés es el de la vestimenta. Los rastros que han quedado adheridos a cuerpos congelados, unidos a las representaciones gráficas parietales (en las paredes y refugios naturales), y a las muestras dentarias que muestran desgastes debidos al rozamiento con pieles animales, demuestran, junto al hallazgo de agujas de hueso, la posibilidad de que durante el paleolítico hombres y mujeres se vestían con pieles y, probablemente, con plantas (como los ainu en Japón).

Las pruebas parecen sugerir un hábitat muy disperso en el territorio, de manera que las peleas entre grupos diferentes no debían ser frecuentes. La antropología biológica nos indica que cada unidad social precisa de un campo vital para su mantenimiento; es decir, que podemos calcular la cantidad de alimento

imprescindible para su sustentación y, basándonos en los datos extraídos por las evidencias botánicas y faunísticas de la zona, establecer el número aproximado límite de población. Para que sea más claro, si existen rastros del consumo de un cierto número de animales, y a ellos se les asocia el grado de polinización y de esporas y líquenes, podemos aventurar una dieta y extrapolar dichas cifras al territorio estudiado, con lo que contamos con la caza y pesca, y recolección vegetal de la población.

Una vez hecho esto calculamos la cantidad de personas que podría vivir sin privaciones, sin tener que recurrir al robo y la rapiña, y sin tener que hacer uso del infanticidio o el asesinato no ritual de los ancianos, o al canibalismo, así mismo ritual.

Otra cuestión será que dichas prácticas se realizaran sin necesidad de acceder a los alimentos, lo que nos llevaría a pensar que se trataba de prácticas litúrgicas, más que a la pura necesidad biológica.

Los estudios del ADN nuclear y mitocondrial, por su parte, nos ofrece el modelo parental existente, en caso de ser posible. El óvulo posee información de ADN nuclear (en su núcleo) y mitocondrial (que le permite su movilidad) lo mismo que el espermatozoide. Al introducirse el espermatozoide en el óvulo, pierde su información mitocondrial, pues deja de tener necesidad de moverse, de manera que el ADN nuclear nos ofrece la posibilidad de relacionar a ambos progenitores de un donante, mientras el ADN mitocondrial sólo se transmite de madres a hijos, desconociendo la paternidad del mismo. El ADN nuclear nos indica quienes son ambos padres, el mitocondrial solo nos dice quienes fueron por parte materna (madre, abuela, etcétera). Es de gran utilidad, por lo tanto, para saber el grado de parentesco y, de ahí extraer el modelo familiar al uso; es decir, si había monogamia, poligamia, endogamia u otra variable.

Carecer de otros indicios limita enormemente nuestra capacidad de deducción, sin embargo son suficientes como para extraer algunas conclusiones generales acerca del Paleolítico.

Por lo que respecta al conjunto de juegos, danzas, deportes y guerras que, como hemos visto más arriba parecen tener una estrecha relación, estudiarlos en éste periodo tan antiguo es harto complicado; así y todo los investigadores han ido abriendo poco a poco vías a acceso a su análisis. Por un lado contamos con los datos indirectos que nos aportan la etno-arqueología y en las Ciencias

Naturales. En el primero de los casos se pretende la extrapolación de las actitudes de las sociedades “primitivas” actuales a los supuestos acaecidos en la prehistoria, así, danzas, juegos, formas de relación y parentesco, o simbolismo religioso –por poner solo unos ejemplos– de los habitantes del Kalahari o de la tundra pudieran ser útiles a la hora de explicar restos encontrados en climatologías adversas; en el segundo de los casos –como pasa con David Frederick Attenborough, el famoso divulgador científico– la comparativa se establecerá con el resto de los animales, dentro de quienes se encuentra la especie *homo*. Una variante, aunque previa a los estudios del naturalista, fue desarrollada por Curt Sachs (1881-1959) en su ***Historia Universal de la Danza*** (ed. Centurión, 1944), donde dedica un capítulo a las danzas animales de galanteo para compararlas con las humanas.

Existe un camino más directo a nuestro destino, pero no por ello más seguro. Nos estamos refiriendo a los datos arqueológicos y a su hermenéutica. En primer lugar vamos a tener en cuenta una serie de pinturas rupestres. En ***Arqueoastronomía Hispana*** (Equipo Sirius, Madrid, 1994) se ofrecen varias soluciones a las pinturas de Altamira, en particular, y al arte rupestre en general: a) puede tratarse de santuarios que reflejan una cosmovisión propia de la época (Anette Laming-Emperaire); b) una representación de una narración mitológica (André Leroi-Gourhan); c) una lección de comportamiento animal (Sigfried Giedion); d) rituales de caza (Arnold Hauser); e) una especie de bestiario o enciclopedia animal (Luis Díaz del Corral); o f) la propia visión de Luz Antequera Congregado, que trataría tales imágenes como si de un planisferio se tratara.

Más arriba hemos tenido ocasión de ver cómo la proliferación de animales pintados no se corresponde con el de alimentos conseguidos, por lo que el carácter mágico propiciatorio de la caza queda, por el momento, en entredicho. Luis Bonilla, en su obra ***La danza en el mito y en la historia*** (Biblioteca Nueva, Madrid, 1964) también analiza las pinturas rupestres en clave de danza y, en concreto, pone dos ejemplos: a) “***la danza que corresponde a la expresión de un milenario ritual prehistórico***” (pinturas rupestres de Cogul, Lérida); y b) la lámina 2: “***en ésta danza propiciatoria, los guerreros con la cabeza adornada de plumas y en una mano las flechas, saltan con las piernas abiertas. Arriba –indica–, se ven dos figuras de mujeres que realizan un ritual danzable, una alrededor de otra que sostiene un ídolo en la mano***” (de las pinturas rupestres de La Cueva de la Vieja en Alpera).

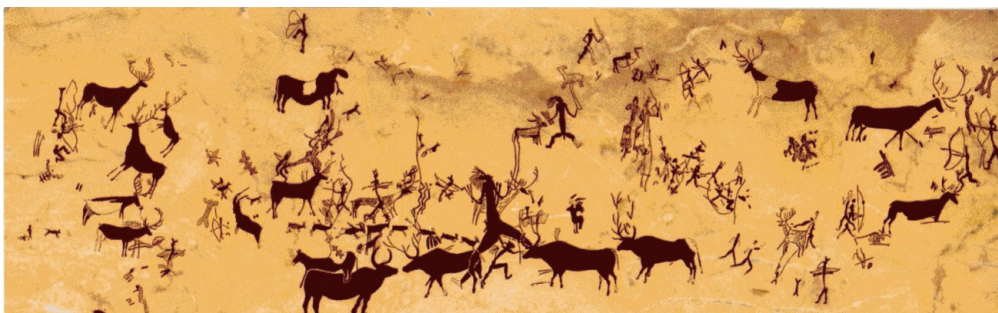
Es indudable que las técnicas y medios de recopilación y análisis comparativos

de los datos han sufrido una evolución increíble entre los aportados por la bibliografía aportada y nuestros días. Hoy podemos acceder por vía Internet a materiales entonces insospechados, y así vamos a acercarnos a las fotografías previamente nombradas:

En primer lugar, las pinturas rupestres de Cogul son más complejas de lo que Luis Bonilla expone.



Lo mismo que en Alpera



En Villar del Humo (Valencia)



Si la primera imagen puede representar a varias mujeres en un poblado, rodeadas de animales; y la segunda una secuencia de caza, la tercera bien pudiera referirse a dos grupos enfrentados en una batalla con arcos (de ahí su postura casi horizontal para no ser descubiertos por el enemigo) de manera que bien pudiera tratarse del relato de una de las primeras escaramuzas de la humanidad en el occidente europeo.

Pensar que se trate de danzas, de rituales de iniciación o de deportes de competición vamos a dejárselo a próximas generaciones. Por nuestra parte vemos el enfrentamiento entre tres arqueros a otros tres, agazapados todos ellos a fin de atacar al contrincante. No sabemos el resultado de la lid; eso sí, podemos comprobar las técnicas de guerra utilizadas en la época y, como conclusión general, el entrenamiento (deporte) previo necesario para dicha confrontación. También parece vislumbrarse el uso primigenio de la táctica de la tenaza, atacando los tres a un enemigo común central y obviando las amenazas laterales.

Danzas, juegos, deportes y guerras en el neolítico.

Durante el neolítico (5.500 – 2.500) el clima del paleolítico se calienta y se hace más seco, con lo que los glaciares retroceden, y el deshielo hace subir el nivel de los mares y océanos. Las comunicaciones entre los valles se ve así facilitada, y el aislamiento de la época anterior queda en el olvido. Esta situación favorece también la creación de asentamientos más estables, y se forman poblaciones fortificadas, en principio mediante una sencilla empalizada para, después, reforzarse mediante muros coronados con postes y torres.

La economía de subsistencia, basada sobre todo en la recolección y la caza pasa al adiestramiento de los animales, la domesticación, y la agricultura. Esta nueva dieta y la posibilidad de controlar en mayor medida la fuente alimentaria dan lugar a una verdadera revolución demográfica que, a su vez, conllevará la conquista de nuevas tierras –de ahí la necesidad de amurallar los poblados– y el sometimiento o aniquilación de las civilizaciones oponentes.

El dominio de la agricultura dará un nuevo impulso a los “estudios” de astronomía que, si bien hubieran podido encontrar sus inicios en el paleolítico – tal y como se ha indicado más arriba en lo referente al arte rupestre– ahora va a materializarse en la construcción megalítica. En éste sentido, autores como Juan Antonio Belmonte y colaboradores (*Arqueoastronomía Hispana* y varios artículos en revistas especializadas como *Tribuna de Astronomía*), o Aubrey Burl (*Prehistoric Astronomy and Ritual*, Shire Archaeology book, 1997), defienden el carácter astronómico de los dólmenes, menhires y crómlech (propios también de la Edad de los Metales). Las orientaciones que éstos toman bien pudieran estar en relación con los astros, bien sea con los solsticios y equinoccios, o bien con estrellas y constelaciones (muy probablemente con Sirio y Antares, dos de las estrellas más brillantes en el hemisferio septentrional). La edificación aludida, junto al dominio del tiempo propicio para la siembra, la cosecha y la recolección, dieron lugar a rituales propios y, junto a ellos, danzas también específicas. Curt Sachs (*Historia universal de la danza*) viene a considerar que las ejecuciones coreográficas circulares pudieran tener qué ver con festividades dedicadas al astro diurno o al nocturno, según estas fueran en sentido horario o en el contrario al de las agujas del reloj, en lo que al hemisferio Norte se refiere.



Sin embargo, los megalitos no sólo han servido para los posibles estudios de la astronomía. Su primer carácter ha sido el referente para los enterramientos y cremación de los difuntos. El caso es que junto a tales monumentos han aparecido, en ocasiones, huesos y cenizas asociadas a rituales funerarios.

No siempre ha sido así –motivo por el que se han propuesto otras hipótesis de trabajo, como la anteriormente citada–, pero en numerosas ocasiones su papel parece indubitable. Esto implica una evolución de los rituales asociados al luto.

Durante el paleolítico hay constancia de enterramientos en las cuevas, así como el acompañamiento del difunto de plantas, flores y algunas de sus pertenencias, lo que indica la existencia de algún tipo de ritual. Durante el neolítico, las inhumaciones y las cremaciones, junto al levantamiento de las construcciones

referidas, implican necesariamente una evolución del mismo, a las danzas de parejas –propiciatorias de la fertilidad de los campos y los ganados– y a las de máscaras –como se atestigua desde el paleolítico, caverna de Trois Frères, Midi Pyrénées, dibujo que se adjunta interpretado como un chamán danzante– y las astrales y de imitación del galanteo animal, se añaden ahora las rituales (Curt Sachs, op. Cit.; Luis Bonilla, op.cit.), y las totémicas (Paul Bourcier, **Historia de la danza en Occidente**, ed. Blume, Barcelona, 1981).

Por lo que respecta al ejercicio y al deporte, ya hemos tenido ocasión de ver anteriormente como en las pinturas de Villar del Humo (Valencia) aparecían varios personajes en posición de enfrentamiento, por lo que el entrenamiento para la caza y la guerra debían de ser muy habituales y necesarios. Raquel Piqué y colaboradores (<http://www.dicat.csic.es/dicat/es/noticias-2/noticias/424-la-caza-con-arco-durante-el-neolitico-pudo-ayudar-a-la-cohesion-social>) bajo el título **La caza con arco durante el Neolítico pudo ayudar a la cohesión social**, refieren el descubrimiento de tres arcos en La Draga (Girona) durante 2012 que son claramente de dimensiones más pequeñas que los habitualmente utilizados en Europa en el mismo periodo, junto a la carencia de restos animales en el entorno del hallazgo, lo que les hace pensar que su uso no era el de la caza, sino más bien el dar prestigio a quien lo utilizaba, y cohesión social al grupo al que pertenecía, siendo, por lo tanto, un rasgo de su utilización en competiciones que, hoy, llamaríamos deportivas (en la fotografía, danza con arco de los ainu en Poroto-kotan, Hokkaido).



Danzas, juegos, deportes y guerras en la Edad de los metales.

La Edad de los metales se divide en tres etapas: el Calcolítico (Eneolítico o Edad del Cobre; 2.500 – 1.800 a.n.e.); la Edad del Bronce (antiguo; 1.800 – 1.500 a.n.e.; medio o pleno, 1.500 – 1.200; y final, en transición a la Edad del Hierro); y la Edad del Hierro (a partir del 900 a.n.e.) –Ignacio Barandiaran Maeztu, en **Gran Atlas Histórico del Mundo Vasco**, ed. del Pueblo Vasco, 1994–.

De las Edades del Cobre y del Bronce se han recuperado numerosos utensilios domésticos, armas, herramientas y adornos, punzones, hachas, puñales, puntas de flecha, pulseras, anillos, cuentas de collares, etcétera.

Se continúa con la construcción de dólmenes. Así mismo, el abandono paulatino de las cuevas y la creación de asentamientos cada vez más fortificados se irá incrementando. En el caso vasco, se vislumbran contactos culturales con la Meseta. Así la cerámica campaniforme de los depósitos funerarios (ver Ignacio Barandiaran, op. cit.).

A partir de aproximadamente el 2.500 a.n.e. –utilizamos a.n.e. o ane como acrónimo de antes de nuestra era en el sentido habitual de a.C o anterior a Cristo por las connotaciones religiosas que conlleva el uso del segundo, amén de la discordia existente acerca de la verdadera celebración del nacimiento de Jesús de Nazaret– se comienza a utilizar el martillo, tan útil para la maleabilidad de los metales fundidos en el fuego de las fraguas y enfriados en el agua. Se trató de un proceso muy largo y costoso que llegó a las costas vascas a partir del oriente en la ruta que se ha considerado la más factible: la remontada por el río Ebro, o lo que es lo mismo, la del Este-Oeste.

La fundición de los metales conllevó el dominio del fuego para usos ajenos al propiamente alimentario, lo que debió crear sus propios maestros, sacerdotes,



chamanes o metalúrgicos; grupos humanos que, en algún momento se creyó que poseían poderes sobrenaturales, tal y como atestiguan los mitos acerca de Hefestos o el desarrollo del chamanismo, tan bien analizado por Mircea Eliade en **Herreros y alquimistas** y otras obras. Grupos humanos que quedaron marginados del común de los mortales y desarrollaron paulatinamente gremios especializados. (en las fotografías vemos restos del dolmen de El Sotillo, en Araba y de La Hechicera, también en Araba).

La Edad del Bronce no aporta mayores novedades a su antecesora más allá de que mientras el cobre (Cu) es un elemento puro de la tabla periódica de

Mendeléyev, el bronce es el resultado de la aleación del cobre y el estaño, junto a otros elementos (salvo el zinc, que daría lugar al latón), lo que implica un mayor dominio del arte de las herrerías. Cada maestro conocerá las proporciones precisas para su creación, lo que ha dado lugar a diferenciar los centros de creación de tales utensilios y diversificar, así, si se trataba de un solo maestro que se desplazaba por las comunidades, o eran éstas quienes transportaban el mineral a un único taller. Las propiedades de los elementos utilizados, así como su tratamiento y forma final han dado resultados importantes al respecto.

Por último, la Edad del Hierro se desarrolla en el País Vasco (*Euskal Herria*) a partir de los años 700 y 500 a.n.e., posiblemente tras aprender las nuevas técnicas importadas desde el Sur peninsular. En esta Edad se construyen viviendas de planta cuadrada y circular; se crean pequeñas poblaciones y las primeras ciudades; y se construyen crómlech, que, como se ha visto, pudieran responder a funciones diversas.

Xabier Peñalver (*La Edad del Hierro. Los vascones y sus vecinos: el último milenio anterior a nuestra Era*; Txertoa, 2008) cita los trabajos de J. Collins a la hora de apreciar a lo largo del Bronce final (1.200 – 700 a.n.e.) la “*evolución progresiva de la industria del bronce, aunque sin grandes innovaciones tecnológicas, si bien puede constatarse una mayor variedad de tipos, tanto entre las armas, utensilios y recipientes, como entre los objetos rituales e instrumentos musicales*”, así como en creaciones en cerámica y vidrio. Las poblaciones de dicha Era se sitúan en los valles fluviales, y en las alturas y fortificadas, con viviendas de planta rectangular o trapezoidal, levantadas con madera y barro (op. cit.). El uso del carro cobrará especial relevancia a la hora de transportar alimentos y mercancías. Los rituales funerarios, por su parte, serán mayoritariamente, incineraciones, cuyas cenizas serán recogidas en urnas y enterradas en los centros excavados en tierra.

El autor confiesa que el tránsito entre el Bronce final y la Edad del Hierro no es fácil de precisar, aunque los expertos ponen el año 725 a.n.e. como punto de inflexión, dividiéndose en dos periodos, el primero de los cuales va hasta el 450, y el segundo hasta la dominación romana. Siguiendo, entonces a P. Brun, recoge tres hechos que caracterizarán la Edad del Hierro: el aumento demográfico que se materializa en la ampliación de los poblados; la jerarquización social y la aparición de la aristocracia guerrera; y el desarrollo de la tecnología derivada del tratamiento de los metales.

En lo que respecta al arte de la guerra, los juegos y los deportes, la guerra de Troya, narrada por Homero, nos muestra algunos aspectos de interés. El uso de la espada, hasta entonces desconocida, dio origen a danzas ejecutadas con la misma (serían los casos de las danzas del Rey David ante la divinidad hebrea; o las danzas de Curetes y Coribantes para ocultar los llantos del Zeus recién nacido). Se trata de una época en la que los duelos singulares entre reyes podían sustituir inútiles batallas con multitud de muertos y heridos sin causa justificada. El entrenamiento de los héroes locales, su honor y su gloria o su desgracia estaban en juego. Así pues, los juegos de guerra (esgrima, lucha greco-romana, salto, carrera, pugilato, etc.) cobran especial relevancia. Los jóvenes, imitando a sus mayores, debieron hacer acopio de sus enseñanzas, aunque con instrumentos menos nocivos, como palos y bastones.

Danzas, juegos, deportes y guerras en la Edad Antigua.

A partir del Neolítico se fue desarrollando a lo largo de Europa una evolución de migración, conquista y asentamiento en nuevos territorios. Partiendo del Norte y del Este Europeo, los indoeuropeos fueron expandiéndose y asentándose en los nuevos territorios conquistados, imponiendo sus creencias, su lengua y sus costumbres. Los mitos referentes a Zeus y sus múltiples aventuras amorosas así parecen atestiguarlo. Autores como Mircea Eliade (**Historia de las Ideas y Creencias Religiosas**) o Andrés Ortiz-Osés (**El Matriarcalismo Vasco**, ed. Herria) proponen la hipótesis de que las tribus nómadas del Norte y Este continental eran devotas de una divinidad propia de los cazadores, pescadores y guerreros que identificaban con una figura masculina; mientras las más australes –en torno al Mediterráneo– concebían a la Tierra como Madre, en ocasiones sin necesidad de acompañante masculino y, por lo tanto, como Madre Tierra y virgen (lo que tendrá sus repercusiones más adelante entre los cristianos en el Concilio de Éfeso de 431 d.n.e.). La invasión y conquista de los nuevos territorios implicaba el sometimiento de las deidades autóctonas a las nuevas impuestas por los vencedores, justificando así –amén del concepto machista de la época– las violaciones, casamientos y relaciones extramaritales del Dios varón sobre las Diosas femeninas (Mircea Eliade, op. cit.).

También el fenómeno de la migración, sobre todo al uso de las armas de hierro por los nuevos señores, derivó en la creación y ampliación de las urbanizaciones, creándose grandes ciudades que, al contar con excedente de población, enviaba a sus jóvenes a la conquista de territorios ajenos. Éstos –colonias–, al mantener relaciones de parentesco con las ciudades matriz (metrópolis) poseían

deberes y derechos con aquellas, como la obligación de colaborar en su mantenimiento económico, militar y asistencia mutua en caso de guerra. A su vez, las nuevas colonias podían verse impelidas a crear nuevos asentamientos, lo que creo una vasta red clientelar.

Las migraciones en tierra hostil obligaron, en ocasiones, la creación de ciudades amuralladas, ahora sí, con grandes muros sólidos, fosos y otras defensas, así como la creación de una serie de flotas destinadas al ataque y protección.

Por otro lado, el comercio con otras regiones, situadas en el Mediterráneo oriental, posibilitaron las relaciones con Egipto y Mesopotamia, más avanzadas tanto a nivel económico como científico, lo que dio origen al nacimiento de la Filosofía occidental en las colonias más orientales de la expansión griega; así como al arte, la astronomía y la economía. Estos tres pilares permitieron, a su vez, la creación de la moneda, la escritura (lineal A y lineal B), obras arquitectónicas sin parangón hasta el momento, y un arte que irá refinándose paulatinamente en los siglos subsiguientes.

La Filosofía se centró, en primer lugar, en los temas relacionados con la Physis, la Naturaleza cambiante, hasta el punto que autores como José Ortega y Gasset no los considera como tales, sino como físicos. Tales de Mileto, Anaximandro y Anaxímenes son conocidos, sobre todo, por el teorema expuesto –supuestamente– por el primero, y las investigaciones en torno al argé (primer principio, origen de la química), y los cálculos realizados para controlar los solsticios y equinoccios – de importancia vital para la medición del tiempo –a Anaximandro se le atribuye la creación del primer gnomon o reloj de Sol– y determinar el momento óptimo para la cosecha y recolección –base de la economía griega–. La escuela pitagórica insistió en el análisis de las cantidades (cálculos o piedras utilizadas para contabilizar, siguiendo la práctica mesopotámica), asociándolas a la mística –lo que dará lugar a la numerología, una de las ramas de la magia y la adivinación–, así como a estudios de gran calado en los números racionales e irracionales. La explicación matemática del orden cósmico se desarrollará hasta el siglo XXI.

En su segunda etapa, los sabios (amantes del conocimiento o filósofos) debatieron acerca de la estaticidad o movilidad de la Naturaleza. Parménides de Eléa –junto a sus discípulos Zenón de Eléa y Meliso de Samos– defendieron el monismo y univocidad del Ser, es decir, la lógica y la matemática frente a los datos empíricos; en su frente, Heráclito de Éfeso, y posteriormente Crátilo,

optaron por el estudio de la dialéctica, el movimiento y la evolución. José Ortega y Gasset sitúa en ésta discusión el origen de la Filosofía, entendida ahora como Metafísica (más allá de la Física).

Una tercera etapa añadirá a los temas propuestos anteriormente la cuestión política, asociada íntimamente a la teoría del conocimiento y a la ética. Los filósofos ciudadanos de la metrópoli (Atenas) –como Sócrates y Platón– defenderán la razón de sangre a la hora de ejercer como ciudadanos de pleno derecho, optando así por el Partido Aristocrático (de los mejores administradores de las posesiones terrenales); por el contrario, los sofistas (provenientes de otras ciudades y, por consiguiente, carentes de derechos ciudadanos, lo que les privaba del derecho a poseer tierras, lo mismo que a ser electores o elegidos para los cargos públicos) serán creadores del Partido Democrático (Protágoras, Gorgias, etc.); del mismo modo que los primeros optan por el conocimiento cierto y el uso unívoco de los términos, mientras los segundos serán proclives al relativismo o el nihilismo.

La etapa final enfrenta las posiciones idealistas de la Academia platónica a la naturalista del Liceo aristotélico. La mística del primero (Platón) se impondrá a lo largo de la primera Edad Media; el naturalismo del segundo será la base de la segunda Edad Media y se imbricará con la etapa posterior.

En lo que respecta a la astronomía, los griegos despuntarán con el cálculo de los solsticios y equinoccios, y llegarán incluso a proponer la forma terrestre cuasi esférica siglos antes de que Copérnico se atreviera a conjeturarlo. Se crearán los primeros relojes de Sol y los mapas celestes y terrestres más antiguos (tal y como se ha indicado). Las matemáticas también lograrán un desarrollo espectacular con las aplicaciones de la trigonometría y la geometría importadas del oriente. Y la Filosofía y el Arte, junto a la Arquitectura (todas ellas muy interrelacionadas) llegarán a niveles pocas veces superados. Los estilos Dóricos, Jónicos y Corintios verán así sus orígenes.

El arte de la guerra no fue ajeno a tales cambios. En primer lugar hemos de mencionar la utilización de las primeras armas de asedio, entre las que se cuentan los arietes, catapultas, la utilización de espejos, la balista y otros. En este momento nos interesa especialmente la utilización de las catapultas, artulugios que eran utilizados no sólo para destruir las fortificaciones enemigas, sino también para introducir en sus recintos animales ponzoñosos (culebras, sapos, ratas; o animales muertos que propagaran enfermedades), enviar las

cabezas y cuerpos desmembrados de los enemigos capturados (práctica utilizada también tras la invención de los cañones, al final de la Edad Media), o mensajes y cualquier otro tipo de información que se viera necesaria para la rendición.

Si traemos a colación el uso de catapultas, y más delante de trabuquetes, no es únicamente por el efecto devastador (tanto físico como psíquico) que supusieron, sino también porque el traslado de las grandes piedras desde sus lugares de almacenamiento, en carros o junto a ellos, hasta el de carga y disparo (la propia catapulta) debía de hacerse a mano, lo que, muy probablemente, se realizara mediante rodamiento. Deportes actuales como el levantamiento de piedra (*harrijasotzaileak*) o los juegos de bolos –tal y como parece apuntar Rafael Aguirre en *Juegos y Deportes del País Vasco*, ed. Kriselu, 1989, t. II– fueron conocidos en la Grecia y Roma clásicas (pág. 63).

En cuanto a las tácticas guerreras, los griegos desarrollaron la formación en falange, lo que implicaba la coordinación de todos sus movimientos, conseguida mediante el uso de banderas, tambores y trompetas. La guerra contra el imperio Meda conllevó la unidad de las Ciudades-Estado griegas en una campaña que, de otro modo, no hubiera sido posible. Cada Ciudad-Estado aportó lo que pudo, y cada una demostró su valía en diferentes artes (marina, infantería, caballería, etc.).

Los ejércitos, ahora mucho más numerosos que en épocas anteriores, cuentan con unidades especializadas: la caballería aún no es más que un incipiente de lo que logrará en tiempos posteriores, la infantería (pesada y ligera), y otras fuerzas auxiliares. Los ejércitos griegos se veían así necesitados de un adiestramiento que, en ocasiones llegaba a ser mortal, como lo confirma el cuento o leyenda del niño devorado por un lobezno por no cumplir su obligación militar. De hecho, la infantería espartana llegó a ser la más temida de su época.

Se trataba de una educación que llegó a reflejarse en la celebración de los Juegos Olímpicos, cuyas pruebas eran: carreras, salto de longitud, lanzamientos de disco y jabalina; lucha, pugilato y pancracio (lucha libre sin reglas); y carreras de carros. Como se ve, todas las pruebas iban destinadas a la formación del buen guerrero; y todo ello para lograr el honor de ser el mejor en su categoría (como decían los espartanos: “**vete a la guerra, lucha con honor, y vuelve con el escudo o sobre el mismo**”).

En ésta época la infantería cumplía su labor como primera fuerza de choque, lo que implicaba gran fortaleza para avanzar con la armadura al completo, gran resistencia para poder correr distancias delimitadas por la capacidad del contrario de armar el arco, coordinación de movimientos a la hora de conformar la falange, disolverla y volver a unificarla. La caballería constituía un elemento accesorio, lo mismo que los arqueros que, en ocasiones, llegaron a ser rechazados por no considerarse nobles en la lid.

La época helenista (de Alejandro el Magno) no tuvo mayores repercusiones en el modo de hacer la guerra. La utilización de elefantes y el uso de la caballería ligera y pesada sí que fueron motivo para un mejor aprovechamiento, pero las falanges siguieron fieles a su papel de centro en las batallas. Aún así, el honor conseguido en la contienda seguía siendo la mejor condecoración para el combatiente.

Los romanos siguieron con las tácticas heredadas del mundo griego. Si se impusieron fue por el uso más adecuado de la caballería, que se movía con ligereza por los flancos infringiendo grandes bajas a sus contrincantes.

La infantería se reestructuró, de manera que con la práctica del diezmo –por el que uno de cada diez era castigado con la muerte infligida por los nueve restantes involucrados en acciones de cobardía o rebelión, se restituía la autoridad militar-, y la revolucionaria postura de Mario –que obligaba a cada legionario a portar sus enseres más necesarios, haciendo innecesarios los carromatos de avituallamiento–, junto a la creación de verdaderas autopistas (vías) de comunicación; el ejército romano consiguió conquistar la mayor parte del territorio europeo occidental, al menos en sus formas, puesto que definir un lugar como romano, si bien implicaba la recaudación para el imperio, no siempre se llevaba a cabo.

La Península se dividió administrativamente. Pero afirmar que la Hispania Citerior o la Ulterior eran territorio romano no es más que confirmar que un Cónsul o un Pretor se hacían cargo de las mismas, pero nunca que ejercieran un poder efectivo sobre dichos territorios.

Ampliar el campo dominado por las huestes romanas conllevó dos nuevas innovaciones: por un lado, el aprendizaje de las tácticas y técnicas de los conquistados, lo que repercutirá en sus estrategias en otras latitudes; por el otro, el uso de las poblaciones vencidas como milicias auxiliares. Los romanos, en

este terreno, utilizaron a los honderos baleares como fuerzas auxiliares, y los autóctonos desarrollaron técnicas propias para su utilización, hasta llegar a nuestros días. Las competiciones de lanzamiento de honda pueden, muy bien, encontrar su origen histórico en tales prácticas.

La danza, el juego y el deporte en la Edad Media.

En plena época de expansión del imperio romano, en la Provincia de Judea un hombre de nombre Jesús, nacido en el poblado de Nazaret comenzó a predicar una nueva fe. Aún hoy se debate la fecha exacta de su nacimiento, si bien la que más acuerdos concita la sitúa en el 3 o 4 a.n.e.; esto se debe a las imprecisiones acerca de su vida, que ha de hacer coincidir los tiempos en los que hechos probados tuvieron lugar (como, por ejemplo, cargos públicos citados en los Testamentos). El cristianismo, surgido como secta propia del judaísmo –lo mismo que los esenios–, tuvo su propia evolución personal en la biografía de un personaje tan controvertido, que pasaba de predicar el odio a los romanos cuando asesinaron al asceta Juan el Bautista, a defender la separación de poderes entre la incipiente Iglesia (Ekklesia: Asamblea), o a prometer la llegada del Reino de los Cielos y el sometimiento a la Potestad Divina; pasaba del odio extremo a los sacerdotes del Templo de David, al amor fraternal entre los elegidos.

Tras la muerte del “elegido”, del Hijo del Hombre o del Hijo de Dios –hecho éste de gran relevancia en tiempos posteriores, pues considerarán a los pueblos hebreos como deicidas, es decir, asesinos de la deidad y, por lo tanto, se justificarán las expulsiones de Europa, la confiscación de sus bienes, los martirios, las ejecuciones, y un largo etcétera– los discípulos tuvieron que esconderse y pasar a la clandestinidad, enseñando sus lecciones en secreto, en ocasiones perseguidos, y en ocasiones permitidos mientras no atentarán contra la unidad imperial. Los primeros cristianos debieron librar batallas personales de muestra de la fe recién surgida.

El hecho de que esta primera Iglesia no fuera del agrado, primero de las autoridades eclesiásticas defensoras de las Escrituras del Antiguo Testamento y, posteriormente, de los emperadores romanos adalides del paganismo y la libertad religiosa (aunque rechazaban el ateísmo y la imposición), unido a la acción clandestina de los seguidores del Cristo (Salvador), tuvieron gran importancia a la hora de establecer un Credo común a las agrupaciones cristianas.

La bipartición del Imperio entre el Oriente (con sede en Constantinopla), y el Occidente (con sede en Roma) a fin de facilitar la defensa contra el ímpetu guerrero de los pueblos del Norte y del Este culminarán en la escisión de la Iglesia en dos de sus facciones actualmente influyentes: los ortodoxos y los católicos (451, Concilio de Constantinopla). Antes aún, las diferencias en torno a los Testamentos que debían considerarse como verdaderos había dado lugar a la creación de la Iglesia etiópica (siglo V).

Otra de las cuestiones que se debatieron en los primeros tiempos fue la consideración que debiera darse al concepto de “Pueblo elegido”. Los defensores del judaísmo –es decir, quienes consideraban dignos de salvación sólo a aquellos judíos o hebreos que abrazaran el Credo cristiano; encabezados, por lo que parece, por el apóstol Pedro– se enfrentaron a quienes consideraban una visión más cosmopolita, englobando a todo aquel que abrazara la nueva fe –liderados por el apóstol Pablo, guerrero romano de origen judío y convertido a la nueva religión–. La unión de ambas visiones llevará a la nueva propaganda a considerar su muerte simultánea en Roma (festividad de san Pedro y san Pablo), hecho que hoy en día autores como Karlheinz Descher (***Historia criminal del cristianismo***, ed. Martínez Roca) pone en duda.

La Naturaleza de una divinidad tripartita (Padre, Hijo y Espíritu Santo) fue, sin lugar a dudas, la siguiente cuestión a debatir (y por “debatir” hemos de entender “luchar y vencer” mediante argumentos o por las armas). Podemos encontrarnos con un Dios –el del Antiguo Testamento– creador del Cielo y de la Tierra, de todo o finito y lo infinito que se sitúa por lo tanto por encima de su Hijo. Podemos, a su vez, considerar que el Padre y el Hijo son de la misma Naturaleza (lo que se plasma en una Cruz simple, significado que ambos son la misma persona o naturaleza). También podemos proponer que Jesús sea, primero, divino y, después, humano, es decir, que Dios se encarna en una figura histórica –lo que implicaría que el asesinato de Jesús de Nazaret fuera un deicidio, y justificaría el asesinato de quienes le dieron muerte, tal y como se hizo en tiempos posteriores–, lo que se simbolizaría con una doble cruz, símbolo de su doble naturaleza. Y aún nos queda el problema de situar al Espíritu Santo y a la Madre de Dios: la Virgen María.

El papel de la Madre de Jesús implicaba varias cuestiones. Decidir si la madre biológica de Jesús lo era a su vez del Hijo de Dios no era una cuestión baladí. Considerar a María madre de Dios la situaría en un peldaño superior al ocupado por su hijo y, por lo tanto, más importante que Aquél; limitar su función a la mera

reproducción le restaría importancia, pero implicaría a su vez la posibilidad de tener más hijos, hermanos de la divinidad (de hecho, el **Nuevo Testamento** dedica una extensa nota al pie de página para justificar que cuando Jesús se encuentra en la cruz denomine a uno de sus discípulos como “hermano”), lo que agravaría el problema, a la vez que imposibilitaría su expansión en zonas donde las Diosas Madre estaban bien asentadas (como parece que sucedía, entre otras zonas, en la actual **Euskal Herria**, tal y como defiende Andrés Ortíz-Osés). La solución de consenso fue la ascunción de la madre de Jesús como un medio para acceder a Él, pero no sobre Él. Esto nos lleva a la siguiente cuestión: ¿Era Jesús Hijo de Dios antes de su concepción? ¿Lo fue tras su bautismo por Juan el Bautista? ¿O fue adoptado en el momento de la crucifixión? Y en éste último caso ¿Sufrió el Dios Padre la Pasión de su Hijo al ser de la misma Naturaleza? Las cuestiones cristológicas, y las posteriores mariológicas enfrentaron posiciones en ocasiones irreconciliables, no sólo al inicio del cristianismo como religión oficial, sino también siglos más tarde.

Las cuestiones planteadas dieron lugar a diversas interpretaciones y, consiguientemente, a numerosas herejías que serán debatidas en los diferentes Concilios, y decididas mediante confrontaciones bélicas. El cristianismo defendió la paz y la libertad religiosa en los momentos en que se sintió perseguido, pero no tuvo piedad con sus detractores en los tiempos en los que tuvo el más mínimo poder. Así, los cristianos fueron asentando su propio Credo (conjunto de creencias) por oposición a quienes se encontraban frente a ellos, a veces mediante pleitos y debates, y a veces por el uso de la guerra, la tortura y el asesinato (Karlheinz Deschner ofrece numerosos detalles en su **Historia criminal del cristianismo**; ed. Martínez roca; para el estudio de la sexualidad en el cristianismo es también interesante la obra del mismo autor titulada **Historia sexual del cristianismo**; ed. Yalde).

El imperio romano se encontraba ajeno a tales disputas, hasta que el emperador consideró que gran parte de sus legionarios abrazaban la nueva religión, y que ésta favorecía sus intereses políticos. Y el emperador se hizo cristiano (y con él todo su imperio). Se lograba así la unidad territorial, religiosa, lingüística y social. El emperador aspiraba, entonces, a dirigir la propia Iglesia, a lo que ésta se opuso, pero que cedió dejando en sus manos el nombramiento del Sumo Pontífice. La sede pontificia se localizaría en Roma (ciudad eterna) con el consiguiente control de las legiones romanas. El cesaropapismo cedió, pero asentó a su vez su dominio.

A la hora de debatir las ideas paganas, los cristianos también optaron por varias estrategias. Tras el establecimiento de una serie de evangelios fidedignos (Marcos, Mateo, Lucas y Juan) frente a los no canónicos (apócrifos, entre los que se encuentran los de María de Magdala –origen de la leyenda aurea– y de Judas). Los cristianos se vieron obligados a crear su propio Credo.

Si en un primer lugar rechazaron el poder de la razón frente a la fe, en un segundo momento compaginaron ambas y, por último, sometieron la primera la segunda a partir de san Agustín (354-430). A dicho Padre de la Iglesia (posible corruptor de menores y pederasta) se le atribuye la creación del Credo y su oposición a los herejes, a quienes había que exterminar, mientras pedía clemencia para sus seguidores.

El hecho es que los cristianos acabaron por ceder a las presiones de los filósofos, asumiendo el propio Agustín tanto el hedonismo (en su primera etapa), el neoplatonismo (de Plotino), el estoicismo (de Séneca y Cicerón), y el cristianismo (en su edad madura). El cristianismo lograba, entonces, su máxima expresión sobre los hombros de los gigantes clásicos.

Por su parte, la principal cuestión que preocupaba a los emperadores era la de mantener las fronteras. La expansión se había realizado por la confluencia de diversas razones: por un lado, la disciplina en el ejército desarrollada brutalmente por Marco Licinio Craso (115-53), llegando a diezmar unidades enteras; por otro lado, las reformas en el ejército siguiendo los dictados del cónsul Cayo Mario (157-83), permitiendo a los sin-tierra poder alistarse y, tras su periodo de milicia, lograr un terreno de su propiedad; en tercer lugar, se mejoraron las vías de comunicación, creando verdaderas redes conectando las poblaciones entre sí mediante las famosas calzadas, que facilitaban el traslado de hombres y avituallamiento entre fortificaciones (que, por cierto, también contaban con límites de velocidad, elevando en el arcén una piedra sobre el resto, de manera que no se pudiera circular con una rueda por fuera de la calzada mucho tiempo; y se establecieron los miliarios o mojones indicadores del kilometraje), entre las que se edificaban posadas, herrerías, caballerizas, etcétera.; también la dieta fue importante en el desarrollo del imperio, basándose ahora en el cereal (el pan y las galletas, que permitían su más fácil traslado personalizado; el vino y el vinagre – que mostró su utilidad como antiséptico, tal y como se ve en su ofrecimiento durante la Pasión del Cristo–; y el aceite).

En los últimos tiempos del Imperio fueron cayendo una a una las condiciones que les hicieron invencibles: la promesa de tierras, una vez conquistada la mayor parte de Europa sur-occidental, no podía cumplirse, de manera que los campesinos enrolados optaron por la insumisión, aunque tampoco regresaron a sus actividades agrícolas, de manera que descendía el grueso armado lo mismo que la base económica. Esto llevó a la contratación de huestes ajenas al propio territorio, si bien en cierto momento pudo paliarse la situación con la concesión de ciudadanía universal a todos los ciudadanos, esclavos o no, varones, mayores de edad, a fin de que tuvieran que participar en la defensa de las fronteras. Sin embargo, como queda dicho, estos no podían adquirir nuevas tierras al no ser capaces de expandir aún más las fronteras. El empuje militar de los pueblos limítrofes, y la migración pacífica de sus habitantes, asentándose en territorio romano creó suspicacias y diferencias entre lo que podría considerarse ciudadanos de primera y de segunda, cuando éstos últimos eran quienes defendían los limes o límites e incluso la vida de los emperadores. Así, se llegó a la situación de ser la guardia pretoriana –ahora ya no romana– quien disponía y deponía emperadores en función de que éstos pagaran sus salarios o no. Poco a poco la clase dirigente romana perdió sus privilegios y sus posesiones, y se hizo corrupta.

Las calzadas, creadas para una mejor expansión del imperio hacia afuera, se tornaron en arma utilizada contra Roma, ya que por ellas penetraban las hordas extranjeras (Langdon Winner, tiene un excelente trabajo sobre la ideología subyacente a la construcción de puentes en la actualidad). La disciplina militar romana también se relajó por la falta de pagos y la inclusión de unidades extrañas que antes ejercían de auxiliares, pero que con los nuevos tiempos se convirtieron en la base armada. Poco a poco el otrora imperio invencible mostró sus pies de barro y sucumbió, creando un caos desconocido hasta la época.

Por último, los invasores mostraron la utilidad de la caballería en las batallas a campo abierto, dando origen al dominio de la misma que perdurará durante varios siglos.

La división del Imperio en Oriente (con capital en Constantinopla) y Occidente (con capital en Roma), y cada una de ellas divididas a su vez a fin de facilitar la defensa no lograron sus fines, y sí la separación del credo entre las Iglesias Ortodoxa y Católica. Si bien Constantinopla resistió el embate, Roma se vio obligada a ceder territorios en la Galia, Hispania y Norte de África a los nuevos vecinos, dando lugar al comienzo del Medioevo.

Los reinos merovingios (luego francos), alanos, suevos, y godos se fueron asentando a lo largo del territorio con diferentes suertes. En **Euskal Herria**, la diferencia entre el **saltus** y el **ager**, y la pauperización de estos últimos, unido al miedo a habitar las ciudades, consideradas objetivos militares y de rapiña, concluyeron en las revueltas **bagaudas** hasta el siglo V d.n.e.

Por fin, la caída del imperio supuso la victoria del feudalismo. Mientras tanto, las tesis cristianas derivadas de la fusión del neoplatonismo (Plotino), el estoicismo (Cicerón) y otras versiones semejantes, propias de la Edad Media, se fueron asentando frente al paganismo. El nacimiento del islam y su expansión cívico-militar consiguieron no solo unificar las fuerzas cristianas contra el nuevo enemigo, sino también amainar las rencillas particulares dentro de la Europa Occidental. De tal enfrentamiento entre civilizaciones tan opuestas nacieron nuevas aportaciones: la Filosofía aristotélica, perdida durante siglos, renació; las nuevas ciencias, como las matemáticas, la astronomía, la medicina, la higiene, la arquitectura, y el arte de la guerra tuvieron un nuevo impulso, y el conocimiento, antes reservado a los copistas y los monasterios, lograron desarrollarse en el ámbito laico mediante la creación de las universidades. El judaísmo, el cristianismo y el islam lograron asentarse pacíficamente en Euskal Herria, mientras en otras regiones fueron crueles oponentes.

Así y todo, la guerra había perdido su concepción de enfrentamiento entre iguales. El arte de la guerra se considera una actividad noble ejercida sólo entre nobles. Los torneos y lides en tiempo de paz pasan a ser considerados de entretenimiento general a fin de conseguir fama y dinero. Por otro lado, y frente a la importancia adquirida por la caballería, los señores feudales se ven obligados a contratar al pueblo llano a cambio de lo que puedan conseguir en la rapiña. Toda la Edad Media se resume en el interés individual por el robo en campañas de guerra, que limitarán su desarrollo a tiempos ajenos a la siembra y la cosecha, dando así un plus en el sustento familiar en zonas de pobreza extrema.

Los campesinos, expertos en el uso de sus aperos propios, y agrupados ahora en pequeñas poblaciones, van a tener la oportunidad de demostrar sus habilidades ante un público al que, probablemente asistían auténticos **manager** en el arte de la guerra. Las pruebas de concurso de tiro con arco simple; de lanzamiento con honda; de cabalgar e insertar un palo dentro de un círculo; de arrancar la cabeza de un ganso; de subir la cucaña vertical; de mantenerse en pie en la cucaña ensebada; de decapitar a ciegas algún tipo de animal semienterrado; de

lanzamiento de jabalina; y otras muchas actividades bien pudieran tener orígenes más remotos, pero nos hacen pensar que fueron medievales en sus principios.

Hemos de tener en cuenta que, frente a la caballería –sobre todo– se fueron utilizando todo tipo de armas y utensilios de uso cotidiano como hoces, azuelas, puñales, y un largo etcétera. Algunas de las cuales tendrán su propia evolución, como los instrumentos para aventar, las alabardas y otras que permitirán descabalar a los nobles caballeros. En definitiva, todo utensilio podía ser usado como arma: la azada, el mayal (utilizado al modo de los *nunchakus*), la criba, la escarda y el gancho usados para quitar las malas hierbas (y, en caso de guerra, para hacer caer a los nobles caballeros), la podadora, la hoz y la guadaña (Gwyneth Morgan, *La vida en un pueblo medieval*, Akal). Si bien no eran consideradas armas de guerra sí que cumplían su función a la hora de defender los pastos y terrenos en jaque.

La danza, el juego y el deporte en el Renacimiento.

Mientras la Edad Media seguía desarrollándose con sus disputas religiosas: guerras de conquista y de reconquista, de asentamiento del Credo en su primera etapa, de oposición al reciente islam en la segunda, y nuevamente contra las herejías en las cruzadas contra cátaros y albigenses; y mientras el platonismo judaizante de los primeros años del cristianismo se amalgamaba con las aportaciones aristotélicas recogidas a través de las traducciones árabes; y mientras la mística daba paso a la ciencia, lo mismo que los poblados a las primeras urbes; y, por último, mientras el régimen feudal daba paso a la incipiente burguesía; en ese tiempo, la Edad Media lograba su máximo esplendor (Baja Edad Media), y creaba a sus enterradores (tal y como dirá Karl Marx).

Por lo general, los historiadores mencionan dos fechas para fijar el réquiem de la Edad Media: la caída de Constantinopla (1453) en manos otomanas; y el “descubrimiento” de América (1492). Quienes defienden tales onomásticas olvidan la importancia de la batalla de Azincourt (1415), verdadero punto de inflexión en la Historia de Europa.

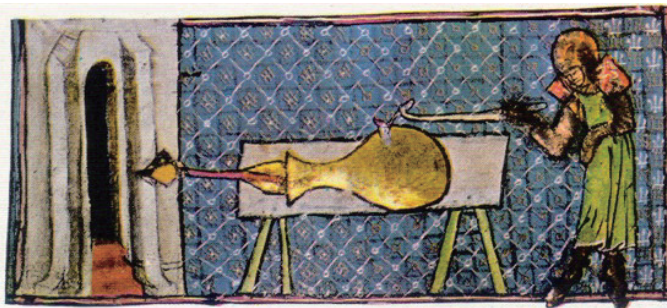
Chuck Wills (*Historia ilustrada del armamento*, ed. Libsa, pág. 64) nos indica que ***“en algún momento entre los siglos X y XIV se produjo el descubrimiento de que la pólvora negra podía impulsar un proyectil desde un tubo. La primera imagen fechada de un arma de fuego aparece en un manuscrito europeo ilustrado de 1326. Muestra a un soldado tocando con***

una barra de hierro al rojo la base de un contenedor con forma de ánfora que dispara un proyectil con estructura de flecha", lo que parece lógico, puesto que éstas eran las que mayor alcance lograban desde hacía tiempo, mediante los arcos largos y las ballestas. También afirma que en la batalla de Crécy (1346) se utilizaron "bombardas", y que en la de Agincourt (1415) se usaron cañones (op. cit. id.). Se trataba de armas de nueva creación que tenían un efecto más psicológico que efectivo, y que eran incluso más peligrosas para quienes las manipulaban que para los enemigos, pero que, así y todo, lograron su misión, lo que permitió su ulterior desarrollo. El uso, primero, de los arcos largos y las ballestas, y posteriormente de las armas de fuego, —de las que dice que ***a comienzos del siglo XV comenzaron a aparecer en los campos de batalla las primeras armas de fuego diseñadas para la infantería***" (id), conocidas como cañones de mano, arcabuces y mosquetes con sistemas de llave de mecha, avancarga y ánima lisa, lo que les hacía lentos en la recarga e imprecisos en los logros objetivos—, se fueron generalizando.

Las primeras fueron consideradas como ajenas a la guerra noble, hasta el punto de que la Iglesia intentó prohibir el uso de las ballestas en las guerras entre cristianos en 1139 (id. Pág. 22), y ***los caballeros franceses proclamaban que cortarían los tres dedos de la mano derecha a todos los arqueros que fueran hechos prisioneros, (para que) esas flechas no volvieran a matar a ningún hombre ni ningún caballo***" (ibid.). El hecho es que las ballestas mantuvieron su uso varios siglos más, pasando a convertirse en deporte de puntería, y afianzándose en el folklore vasco en las festividades de San Juan mediante la Cofradía de Ballesteros de Torralba del Río. El tiro con arco largo precisó, desde sus orígenes, de una gran preparación y entrenamiento, debido a la complejidad de su uso y la necesidad de fuerza en el tensado del mismo, que no se efectuaba hasta el momento crítico. Hasta entonces podía ser considerado como un simple palo atado a un cordel, que debía ser cuidado con esmero de la humedad y la sequedad del clima. Por otro lado, no es de extrañar el miedo mostrado por los caballeros franceses, que en Agincourt perdieron a su élite caballerisca por el uso ejercido por los británicos. La utilización de los arcos largos acabo con los ideales de la caballería andante, propia del Medioevo, y dieron paso a la revalorización de la infantería plebeya frente a la nobleza caballerisca. Los concursos de tiro con arco y con ballesta (tanto las que precisaban de un armatoste para su tensión, como las que poseían un estribo que ayudara a la misma) debieron de ser muy populares. Las actividades guerreras se confundían, entonces, con las que posteriormente identificamos como folklóricas.

El uso de las armas de fuego, muy escaso a mediados del siglo XIII, logró una importancia sustantiva a la hora de plantear los asedios de las ciudades y fortalezas medievales. Arrojar piedras mediante trabucos y trabuquetes contra las murallas defensivas de una población, unido al asedio alimenticio al que se sometía a la misma, podía surtir un efecto favorable pasado un tiempo, pero la utilización de las armas de fuego, aunque imprecisas en su tiro, era devastador no sólo en lo físico, sino también en la moralidad de los defensores. Podemos, por tanto, considerar la Guerra de los 100 años (1337-1453) el punto de inflexión entre la Edad Media y la Edad Moderna.

A partir del siglo XV Europa sufre una gran transformación en todos sus órdenes, tanto político, social, económico, cultural o incluso militar. De hecho, hoy en día nos referimos a tal periodo como en inicio del Renacimiento de la Cultura occidental.



(<http://www.librosmaravillosos.com/lifemaquinas/capitulo02.html>)

Son sus propios ciudadanos y campesinos quienes se consideran a sí mismos diferentes a un tiempo que les parece extraño, superación de una Edad oscura surgida tras la deslumbrante Edad Clásica de la Grecia de los sabios y la helenística de Alejandro, y la de la creación, desarrollo y ocaso del imperio romano, y, por último, el renacimiento y recuperación de las obras perdidas de la citada civilización. El siglo XV será denominado el *quattrocento*, el origen del Renacimiento de la cultura occidental (o europea) dividiendo la historia hasta entonces cursada en tres etapas fundamentales: la clásica o edad de oro; el Medio Evo o Edad Media, impregnada del oscurantismo propio de la falta de conocimiento y dominada por la religión cristiana; y el Renacimiento propiamente dicho.

Como característica fundamental de esta última ha de resaltarse el desarrollo del humanismo, que pasa a ocupar el lugar cedido por la divinidad en un proceso de

secularización que, con sus altibajos, va a evolucionar hasta la actualidad. La Humanidad centra el debate filosófico y científico en detrimento de los dogmas establecidos por las curias religiosas. Importa más el motivo del escritor, su biografía y desarrollo que su propio pensamiento; es decir, el autor lo es por sí mismo, y no por lo que dice. Se busca, así, la verdad subjetiva, la que cada literato quiere mostrar, y no una Verdad objetiva acorde a los cánones establecidos. Frente a las explicaciones teológicas de la voluntad divina, el Renacimiento se va a centrar en la realidad humana. Este cambio de paradigma conllevará la duda en su seno: la necesidad de explicar la existencia necesaria de un Dios, del alma y la inmortalidad de la misma; de la Naturaleza humana, sus pasiones y defectos; o incluso las razones de la guerra se verán puestas en cuestión. El maquinismo o mecanicismo irá ganando posiciones en el terreno ideológico dentro de la física y del pensamiento abstracto materializado en la filosofía, la política y la ética.

Entre los siglos XV y XVI las ciudades se expanden por el territorio que dominan; la recesión propia de la caída del Imperio Romano, debida sobre todo a las acciones de rapiña y saqueo de las hordas bárbaras, que habían reducido a su mínima expresión a las mismas, lo que conllevó el retiro a zonas agrestes y a la creación de ejércitos particulares, terminó, lo mismo que la fortificación en grandes castillos y fortalezas asentadas sobre sólidos pilares de piedra compacta, ahora fácilmente destruidas por el uso de la artillería incipiente del siglo XIV. Las ciudades pierden la capacidad de defensa de sus murallas y buscan la misma en otras construcciones, asentadas en el uso de la tierra batida y los ladrillos, pasando, previamente, en el caso de **Euskal Herria**, por la construcción de las casas torre, características de los siglos XV y XVI.

Los ejércitos se personalizan en ésta época, propia de las Guerras de Bandos o Banderizas. Al igual que ocurriera tras la caída del Imperio Romano, los señores feudales desconfían de un Régimen que ven en decadencia, y optan por crear ejércitos particulares que defiendan el territorio, frente a las monarquías que no les dan cobijo. Los grandes castillos de la Reconquista darán paso a las casas torre, y éstas a las fortificaciones con baluartes. En el ínterin el Reino de Navarra perderá sus posiciones en el occidente (Araba, Bizkaia y Gipuzkoa), aunque mantendrá las matrices de Nafarroa Garaia y Nafarroa Behera. Las disputas territoriales se dilucidarán en tribunales extranjeros (Enrique VIII y El Vaticano), perdiendo el Reino de Nafarroa sus territorios marítimos.

Por otro lado, los campesinos encuentran en las nuevas urbes las posibilidades de ganarse el sustento negado en sus lugares de origen, acceden a éstas y se organizan en gremios en función de sus propias habilidades (calles de cuchillería, sombrerería, y otras similares) que irán configurando el nuevo urbanismo.

Junto a la manufactura y los primeros talleres, los estudios acerca del uso y aprovechamiento de la energía hidráulica y eólica permitieron el desarrollo de las ciudades modernas, libres ya de los pesados y ahora inútiles muros que las constreñían. La utilización de la artillería, creando cañones cada vez mayores y de mayor calibre, junto a la paralela utilización de pequeños artilugios de fuego para el uso personal, hará inútil el sistema defensivo previo, y cambiará el arte de la guerra. Del mismo modo, las diligencias, el mejor aprovechamiento del timón, de la biela y del pedal, de la brújula y la carretilla van a incidir en la construcción de nuevos imperios. Las ciudades, libres del corsé que las atenazaba, van a ir expandiéndose sobre todo en las riberas de los ríos. Y la mecánica creó el nuevo mundo.

Quedaban, sin embargo, flecos del antiguo régimen feudal que debían ser superados. En primer lugar vamos a citar el poder eclesial. La Iglesia cristiana, tras las disputas contra los paganos y herejías propias de sus primeros tiempos, había logrado una estabilidad relativa al dividirse el Imperio Romano entre el Oriente (ortodoxo) y el Occidente (católico) encarnado en el denominado Cisma de Oriente de 1054, quedando la Iglesia (Asamblea) partida en dos. A partir del siglo XIV, la Europa Occidental vuelve a convulsionar en el aspecto religioso. Los husitas (seguidores de Jan Hus, 1371-1415) defendieron la reforma de la Iglesia, extendiendo su ámbito de influencia a Bohemia (actual República Checa) oponiéndose a la jerarquía establecida, enfrentándose a las nuevas Cruzadas, y preconizando el regreso a la institución original asamblearia. Posiciones muy cercanas a John Wyclif (1320-1384), iniciador del movimiento de los lolardos, expandiéndose por Gran Bretaña; y los Valdenses (desarrollada sobre todo en la Francia del siglo XII y asociada en el XVI al protestantismo); e influyendo en las teorías de Martin Lutero (1483-1546). Huldrych Zwinglio (1484-1531), Henry VIII (1491-1547), John Knox (1505-1572) y Juan Calvino (1509-1564) conformarán el elenco de actores que se opondrán incluso mediante el uso de las armas al omnímodo poder de Roma. La Europa occidental se verá dividida entre el norte protestante y el sur católico, y la guerra será la única posibilidad vislumbrada por los contendientes. En el bando contrario, la Iglesia católica desarrolló se Contrarreforma en el Concilio de Trento (1545-1563).

Se trató de una contienda a la que no fueron ajenos los científicos de la época, sobre todo los astrónomos del calibre de Nicolás Copérnico (1473-1543); Tycho Brahe (1546-1601); Giordano Bruno (1548-1600); y otros defensores del heliocentrismo opuestos al geocentrismo defendido por la Iglesia oficial. Casos en que la condena máxima concluía en la hoguera. Fue una lucha desigual, de los poderosos contra los oprimidos, de las posiciones retrógradas contra los avances científicos de la época, de la fe enfrentada a la razón. En tal guerra cayeron personajes muy interesantes por las aportaciones que hicieron y que influyeron directamente en el futuro actual, que podrían haber aportado visiones que hubieran cambiado el curso de la Historia. Pero el hecho es que fueron acalladas sus voces por su autocensura (en el caso de Descartes); la descalificación institucional (en el desarrollo de la astronomía y la medicina); o por la incomprensión de sus novedades e incluso su conocimiento de culturas populares o “políticamente incorrectas” defendidas por sus autores.

En lo que corresponde al orden militar, hemos de advertir que la estructura jerárquica, la uniformidad, e incluso el orden de batalla tuvieron decisivas modificaciones. Hechos que mostrarán su relevancia también en los ejercicios bélicos, sus entrenamientos y, posteriormente, en el folklore, tal y como hemos tenido ocasión de comprobar.

Tras la victoria de los reinos peninsulares cristianos sobre el Reino de Granada, la Confederación de los reinos de Castilla y Aragón (unidos por el matrimonio de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, pero aun manteniendo legislaciones, moneda e instituciones separadas) optaron por dividir sus respectivos territorios en expansión: Castilla se centrará en Portugal (1580-1640); las Islas Canarias (1496); y Norte de África. Aragón optó por su expansión mediterránea (Islas Baleares; Cerdeña y Sicilia). Y ambos unieron sus fuerzas para la conquista del Reino de Navarra en 1512 (que ya había perdido sus territorios occidentales, la denominada “Navarra marítima” en la campaña de 1199-1200).

La unión de los reinos de Castilla y Aragón, ahora vencedores del reino de Granada y del de Nafarroa (Navarra), junto a las alianzas logradas mediante hábiles acuerdos matrimoniales, y estratagemas políticas de dudable validez ética, aunque mantuvieron sus diferencias en lo político (Cortes diferentes) y la Hacienda (moneda e impuestos distintos) consiguieron una serie de territorios fuera de sus fronteras naturales (en los Países Bajos y en Italia) lo que implicaba un cambio en la estructura militar, hasta entonces basada en la gleba, el reclutamiento de los campesinos para una campaña concreta a cambio de los

beneficios logrados por la rapiña y el saqueo (las campañas militares se realizaban en tiempos ajenos a la siembra y la cosecha), y creando un ejército regular (que se mantuviera en un terreno extraño, sin vinculación al oriundo y sin posibilidades de desertión). Así surgieron los famosos Tercios.

Mientras tanto, los pensadores europeos se dividían según sus intereses. Por un lado, las campañas de asentamiento del catolicismo (Karlheinz Deschner en su **Historia criminal del cristianismo** analiza pormenorizadamente la evolución de los principios y evolución desde el punto de vista de la propia cristiandad en varios volúmenes de gran interés; y Mircea Eliade, en **Historia de las creencias y de las ideas religiosas**, ofrece una visión imprescindible en sus volúmenes para acceder al sentido religioso); por otro, el mantenimiento de las ideas paganas acusadas ahora de brujería (interesantes son las obras de Idoate sobre las cuevas de Zugarramurdi, o las de Julio Caro Baroja acerca de la ideología del siglo XVI; o de Andrés Ortíz-Osés con su reinterpretación matriarcalista de las leyendas vascas); y, por último, los debates filosóficos acerca del papel desempeñado por la Ciencia y su metodología (René Descartes, Leibniz, Spinoza, y Malebranche, defensores del racionalismo, por un lado; y Hobbes, Locke, Hume y otros, defensores del empirismo; sin olvidar a quienes aún defendían el espiritismo, que se seguirá desarrollando durante los siglos venideros).

El pensamiento racional (racionalismo o modernismo) se impondrá en ciertas esferas; el empirismo o la primacía de la experiencia sobre el cálculo será característico de las culturas anglo-sajonas; y el espiritismo se desarrollará, junto al paganismo, en sociedades marginales y marginadas (caza de brujas).

Como veremos a continuación, la influencia de la reducción del conocimiento a meras fórmulas matemáticas va a ser una constante a partir del siglo XVII.

Los siglos XVI y XVII se caracterizan en la Europa Occidental por el debate en torno al papel que deben cumplir las Ciencias y la metodología que éstas han de seguir para ser consideradas como tales.

Los nuevos inventos y descubrimientos expresados desde la perspectiva en el arte y la representación gráfica aplicada a las explicaciones de carácter técnico por Alberti, Leonardo Da Vinci, y otros, junto a la revolucionaria visión de Nicolás Copérnico, Galileo Galilei, Tycho Brahe, Giordano Bruno y, por fin, Johannes Kepler e Isaac Newton, y los avances en los estudios de la física del movimiento

en la balística de Tataglia dibujaron un mundo dominado por la mecánica que daba razón, incluso, de los movimientos animales cual si de auténticos robots se tratara y que, con Descartes y Servet, llegaron a hablar de éstos como autómatas. El mecanicismo y la concepción de un universo –precisamente– ordenado por un Ser con un plan específico se enfrentó al escepticismo propio del empirismo y el materialismo de Hume, Laplace y Lamattrie.

Algunos filósofos se marcaron como meta el descubrir la teleología recóndita, las Leyes de la Naturaleza que daban respuesta a todo lo existente (lo que se retomará en la física del todo de finales del siglo XX y lo que llevamos del XXI). Incluso quienes defendían la existencia de un alma, como Spinoza, trataban de demostrar la ética tomando como modelo la geometría analítica. Frente al racionalismo, el empirismo resaltaba el papel de la experiencia a fuer de perder la posibilidad de acceder a las verdades eternas e inmutables de las matemáticas. Frente a ambas vías se fue desarrollando el pensamiento irracional, que cuajará en la persecución de las brujas de Zugarramurdi (1610), como continuación de otras menciones que se venían haciendo desde 1279 (Florencio Idoate, *Un documento de la Inquisición sobre brujería en Navarra*, ed. Aranzadi, 1972), y que renacerá durante los siglos XVIII y XIX en forma de sectas –como los luciferinos– asociadas a la magia, la brujería, el hipnotismo y las Ciencias Ocultas (François Ribadeau Dumas, *Historia de la magia*, ed. Plaza & Janés, 1970).

Por lo que se refiere a la guerra y a los deportes asociados a ella durante el Renacimiento, hemos de comenzar considerando que las influencias del pensamiento filosófico tuvieron también sus frutos en este terreno: el uso de la pólvora precisaba calcular con precisión las partes de la mezcla a fin de que la explosión no alcanzara al fabricante; así, las academias de artillería quedaron bajo la revisión de las facultades de matemáticas. Por otro lado, la guerra e incluso las reyertas y duelos, se tomaron como nueva disciplina a someter por las Ciencias Naturales y, por consiguiente, susceptibles de aprenderse y enseñarse con método; así surgieron los maestros de esgrima, con sus diferentes estilos y escuelas, y los tratados y manuales que facilitarían su mejor manejo (Alberto Bompreszi, *La verdadera destreza de las armas o el camino de la espada del hidalgo español*, en Rev. Desperta Ferro, nº 1, págs.. 38-41); un aprendizaje muy similar a las corografías danzadas donde a los movimientos de brazos y manos, acompañan los de piernas y pies evitando obstáculos y aprovechando las ventajas del terreno. Las danzas de espadas del siglo XVI descritas en *El Quijote* de Miguel de Cervantes (1605 y 1615) coinciden con algunas de las actuales realizadas en Gipuzkoa y parte de Bizkaia, donde debemos resaltar, también,

que el movimiento de muñecas que realizan los **ezpeta-txin** (espadachines armados con puñales) son muy parecidos a los que hemos visto –junto al profesor Kazuyuki Taketani– a los miembros del **Euskal Makil Jokoa** de Hondarribia, grupo que intenta recuperar un modelo propio de la lucha con palos, bastones y armas blancas y negras en **Euskal Herria**.

Otra cuestión que ha de tomarse en consideración es la revolución que sufrió el propio arte de la guerra a mediados del siglo XVI. Pedro Velasco Arévalo, en **Juegos de Armas en la Italia de los Condotieros** (Rev. Desperta ferro, nº 16, pág. 28) afirma que el Renacimiento influyó también en las cuestiones militares, dejando caudillos feudales paso a sus líderes por fama y prestigio. Existían, así, numerosos juegos y alardes de armas en la época (id. Pág. 28); destinadas, en principio, a la preparación para la guerra, pero que desembocaron en exhibiciones folklóricas. Los torneos se preparaban con antelación y concitaban el interés público, movido por el juego, el negocio y las apuestas (ibid.). Normalmente –continúa– se suelen confundir las justas y los torneos: las primeras se refieren a los combates singulares, mientras los segundos son combates en grupo (id. Pág. 29). Además, se realizaban diferentes pruebas. Los caballeros lidiaban a pie y a caballo. La Iglesia llegó a prohibir las lides que pudieran suponer la muerte, algo que era ignorado o aliviado por la reglamentación previa (pág. 29). Tal reglamentación conllevó la creación de los maestros de esgrima (p. 30). Fiore Furlano publica **Flos Duellatorum** (“***La flor de las batallas***”), mostrando “***el arte de la lucha con armas y sin ellas, con arnés y sin él, a pie y a caballo***”, utilizando “***la daga, diferentes tipos de espadas, lanza, bastón y martillo de armas, además de una sección dedicada a la lucha sin armas***” (ibid.). Concluye el artículo afirmando que “***entre lo deportivo y lo marcial, duelos, alardes y torneos fueron herramienta y exponente de una cultura que llegó a hacer de la violencia un arte y de los que la perfeccionaban y transmitían auténticos maestros que, en los casos más afortunados, han dejado tras de sí una importante obra escrita que nos ha permitido a día de hoy comprender cómo eran los juegos de armas en la Italia renacentista***” (ibid.).

La evolución de las armaduras durante el Renacimiento es tratada por Álvaro Soler del Campo en **Las armaduras de los condotieros** (Rev. Desperta ferro, nº 16) donde afirma que durante el siglo XIV se dieron las condiciones óptimas para la elaboración, y posterior desarrollo, de las armaduras medievales (p. 32). Hasta el siglo anterior, el armamento corporal defensivo era muy homogéneo en toda Europa, basado en las cotas de malla (anillas metálicas entrelazadas). A

finales del siglo XIII se introducen las placas metálicas que refuerzan los puntos débiles. En la primera mitad del XIV se incluyen partes rígidas que defiendan las extremidades, y, para 1350, las corazas cubrían los hombros y el torso en su totalidad (p. 32). En el último tercio del siglo XIV el bacinete, un tipo de yelmo, conjuntamente con la visera articulada, con una ranura que permitiera la visión y unos respiraderos se añadieron a la estructura inicial (de ahí que el actual saludo militar consista en llevarse la mano a la frente, en señal de mostrar el rostro). El borde inferior se guarnecía por un canal o cota de malla, que evolucionará en una nueva defensa mediante una placa de acero. El torso se defendía mediante un peto al que, al final de la centuria se le añadió un espaldar y, poco a poco, se irán añadiendo elementos rígidos que cubran todo el cuerpo sin aumentar en peso y, por lo tanto, manteniendo la movilidad (p. 33). No es anterior al último tercio del s. XIV la aparición de las armaduras conocidas como clásicas. Una de las características que se pedía a la armadura era su pulido perfecto, que pudiera servir de espejo para deslumbrar a los enemigos (id). Poco a poco, con la pérdida de la funcionalidad de tales defensas, la armadura fue adquiriendo un papel más folklórico y representativo del estatus de sus portadores.

El caso es que, el uso cada vez más generalizado de las armas de fuego (bombardas, pasavolantes, bombardetas, falconetes, cerbatanas, esmeriles, órganos, culebrinas en sus diferentes versiones, cañones, terceroles, y sacabuches; pistolas, arcabuces y mosquetes) fue restando importancia al papel desempeñado hasta el momento por la caballería. El declive de ésta, en su versión más clasista, ya se había anunciado con el uso del arco largo galés (o inglés) y la artillería. Ahora es la infantería, unida a la artillería, quienes asumen el papel vanguardista en las batallas. La caballería, ante el ímpetu de las armas de fuego, tuvo que hacerse más ligera, renunciando a las grandes corazas para ganar en movimiento, y armándose de pistolas y arcabuces alojando a sus tiradores en la grupa de las monturas. La infantería, a su vez, siguió utilizando las lanzas como medio de defensa más eficaz ante una carga montada del enemigo, si bien aumentó la longitud de las mismas y desarrolló modelos propios como las picas y alabardas. Junto al cuerpo del ejército de piqueros, y protegiendo sus flancos, vanguardia y retaguardia, se colocaron las armas de fuego (mosqueteros y arcabuceros) auxiliados por gentes armadas de pequeños escudos y espadas y dagas de mano izquierda. Así se fueron creando los temidos “Tercios” (que algunos derivan de su composición en la conjunción del uso de las tres armas: caballería, infantería y artillería; mientras otros hablan de

los tres cuerpos de ejército destinados en Italia, Flandes y España, que toman el nombre de “Tercios Viejos”).

Eduardo de Mesa Gallego, en **El Regreso de las Legiones** (Rev. Desperta Ferro, especial V, pág. 6) nos indica que el siglo XVI, a partir del tratado de paz de Cateau-Cambrésis, de 1559, confirmó la hegemonía de la infantería de la Monarquía Hispánica en la Europa Occidental; a partir de entonces, los tercios se constituyen como unidades de intervención en el extranjero (id.). Durante el siglo XVI, las unidades militares estaban constituidas por voluntarios, que combatían por deseo y no por imposición (id). La falta de arraigo de los soldados en la tierra de lucha mejoraba su eficacia (id). Una de las ventajas con las que contaron fue la posibilidad de extrapolar experiencias y vestimentas a los territorios en los que se vieron obligados a actuar (id). Otra de las ventajas que desarrollaron fue el espíritu corporativo, debido a la necesidad de establecer campamentos estables y perdurables, lo que permitía la enseñanza inter-generacional (id. P. 7). Los veteranos adiestraban a los bisoños (“necesitados”, según alguna acepción). Otra ventaja era la de mantener las unidades, que podían contar su historia de laureles (id pág 7) o verse dividida e incluso desaparecer, lo que se consideraba un grave castigo. Para ello se resaltaba el papel del porta estandarte o abanderado, negado a las tropas de élite a fin de que no cayeran en manos enemigas (id pág. 8).

Si hasta el momento las tropas se reclutaban en la propia tierra, y el premio consistía en lo logrado mediante la rapiña y el robo y saqueo de pueblos y ciudades, de manera que al terminar la contienda las huestes eran licenciadas, ahora, al tener que trasladar las huestes a tierras lejanas (desde el Norte de África hasta los límites con el Imperio Otomano) y mantener los teatros de operaciones, el ejército se profesionalizó, luchando por un sueldo que raramente llegaba a tiempo. El reclutamiento volvió a ser obligatorio –salvo en Euskal Herria, cuya población debía estar alerta de continuo para defender la frontera pirenaica, y de donde surgen los alardes de armas (ver el de Irún, Hondarribia o Elorrio, por poner algunos ejemplos).

Otra invención de la época será la utilización de las banderas indicativas del origen de las unidades. Cada compañía, regimiento o destacamento tendrá sus propias insignias, y luchará hasta la muerte para que las mismas no caigan en manos enemigas (de hecho, algunas unidades de los Tercios no usaban distintivos a fin de que si eran vencidos no pudieran presumir de su captura los enemigos).

La danza, el juego y el deporte en la era de las Revoluciones.

A partir de 1750 el mundo tradicional vio cambiar sus estructuras. La invención de la máquina a vapor permitió construcción de las manufacturas y la aplicación de la nueva fuente de energía a los transportes, expandiendo los mercados y el mundo conocido hasta entonces por los europeos.

Las nuevas relaciones de producción, jerarquizadas cada vez más en busca de un mayor rendimiento mercantil y la acumulación de la plusvalía, se irán enfrentando poco a poco hasta llegar a los estallidos revolucionarios que convulsionarán al mundo occidental del final del siglo XVIII hasta comienzos del XX.

Los ideales revolucionarios, unidos al imperio de la razón encarnada en la Ilustración, se irán imponiendo sobre un modo de pensar ya caduco por irreal y místico del feudalismo y del absolutismo monárquico. Nuevas ciencias y conocimientos se irán desarrollando en pos de los intereses económicos de nuevo cuño. La propia administración de los bienes públicos y privados se constituirá en disciplina rigurosa, aunque con diferentes versiones o escuelas que van desde el fisiocratismo al proteccionismo, y desde el liberalismo al capitalismo y sus respectivas críticas por los socialistas utópicos, marxistas, socialdemócratas, anarquistas y otros grupos de opinión y acción social.

La búsqueda de nuevas materias primas favorecerá, a su vez, la evolución lógica de la geología (que facilitaba el hallazgo de las mismas tras el estudio el terreno), que se irá apartando paulatinamente de los predicamentos bíblicos, sobre todo en lo referente al Diluvio Universal, ofreciendo explicaciones más racionales al hallazgo de fósiles marinos en las cumbres montañosas (el neptunismo, el vulcanismo, el catastrofismo y, por fin, la teoría uniformista). La química, a su vez, se desprenderá de su bagaje místico heredado de la alquimia y la iatroquímica para entrar a formar parte del elenco científico con Sthal y Lavoisier.

Las ansias de libertad, igualdad y fraternidad social estallarán en las revoluciones de EEUU (1771) y Francia (1789), y continuarán con las revueltas obreras de 1830, 1848, 1871, 1905 y 1917, culminando con el nacimiento de la URSS. Las nuevas conquistas sociales dieron lugar a la creación de un nuevo tipo de Hombre: el ciudadano, con derechos y obligaciones precisos (plasmados en la primera Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del

Ciudadano, que se desarrollará con posterioridad en la Declaración Universal de los Derechos humanos, no sin controversias, debido a los puntos de vista de los que se parte). A partir de la victoria revolucionaria francesa todo ciudadano verá sometidos sus intereses particulares al bien común (ideal de Robespierre), lo que implicaba, junto a la igualdad establecida entre éstos, que los puestos administrativos no podían ser heredados (frente al Régimen anterior) sino conseguidos por el propio esfuerzo.

La administración y la cultura, por un lado, y el ejército, por el otro, puntas de lanza del Poder social, se vieron conmocionadas por las nuevas prácticas. Sin embargo, la democratización tan ansiada no fue más que un espejismo utilizado por la nueva clase emergente de la burguesía frente a los intereses, primero de los terratenientes y, después, contra el proletariado, tal y como lo vio Gracchus Babeuf y su Rebelión de los Iguales, intento fallido de Golpe de Estado contra la nueva sociedad.

La burguesía, una vez establecida en el poder, creó su propia cultura, sus estructuras administrativas y su ejército; y el Pueblo llano se limitó, cansado de revueltas infructuosas, a imitar a sus superiores. Las danzas palaciegas de antaño, ahora reconvertidas en danzas burguesas, fueron asumidas como modelo a imitar por los campesinos y gentes de menor poder adquisitivo, introduciendo partes de ellas o su totalidad en las expresiones folklóricas (valeses, polkas, etc.). Las actividades laborales, al igual que antes, también lograron su encarnación en actividades de feria (el lanzamiento de martillo, ejercicios con la palanca, golpear un punto para elevar un peso), que se unían a otras actividades de origen incierto (carreras de sacos, portar pesos –*txinga-erute*–, lanzamiento de jabalina, cucañas, etc.).

La defensa de los ideales revolucionarios y su expansión por Napoleón Bonaparte a lo largo de toda Europa crearon un Código Civil común para todos sus súbditos, algo que, como veremos, no contentó a todos.

Así, el siglo XIX puede dividirse en tres periodos diferenciados: 1) aquél que corresponde a las guerras napoleónicas en el que los ideales revolucionarios se expanden por la Europa Occidental (desde la Revolución Francesa hasta 1821); 2) la reacción nacionalista de Alemania (1871) e Italia (1870); y 3) el nacimiento de los nuevos nacionalismos a finales del XIX. El intento de exportar los ideales revolucionarios franceses a través del caudillismo napoleónico imponiéndose a lo que se consideraban vestigios del Antiguo Régimen bajo la apariencia de

Despotismo Ilustrado, o Absolutismo Republicano (el propio Hegel hablará de Napoleón como la encarnación del Espíritu Absoluto montado a caballo), fracasó con las derrotas militares del corso. De igual manera, las filosofías idealistas, encarnadas en el alemán, fueron cediendo terreno ante la pujanza social de las nuevas clases emergentes. La retirada paulatina de los soldados de la **Grand Armée** de los territorios ocupados dejó un vacío de poder que fue ocupado por los nacionalismos lingüísticos alemán e italiano, repartiendo Europa en función de tales concepciones, enfrentadas, por otro lado, a la lucha de clases preconizada por las organizaciones de izquierda (socialistas utópicos, marxistas, social-demócratas, comunistas y anarquistas) que, a su vez, se enfrentaban a conservadores, monárquicos y liberales. Este caos facilitó el surgimiento del pensamiento romántico, que veía en su recreación de una sociedad idílica pre-industrial las bases de la nueva generación, donde la armonía con la naturaleza se oponía a la acumulación del capital imperante (lo mismo que con Thomas Moro y otros pensadores ocurriera al inicio del capitalismo). Por último, la unión del nacionalismo con base en la lengua, la posibilidad de crear nuevos Estados, las nuevas investigaciones en torno al ADN, y el retorno a un estado primigenio de bondad absoluta, dieron lugar a los nacionalismos no imperiales ni impositivos, centrados en la defensa de la cultura propia, como en Catalunya y, más tarde, en Euskal Herria.

Durante el siglo XIX el capitalismo logró su máximo desarrollo. La división y lucha entre las clases antagónicas mostraron sus armas y las utilizaron de manera expeditiva. Las libertades conseguidas durante la Revolución Francesa se vieron limitadas. Los sindicatos fueron prohibidos, la libertad de expresión censurada y quienes se opusieron a tales recortes, represaliados, encarcelados, o incluso ejecutados.

Por otro lado, la migración interior y exterior entre los Estados permitió la permeabilidad de las culturas, lo mismo que ejerciera el Camino de Santiago, imbricando culturas diferentes. Si el Camino había permitido poner en contacto culturas diversas –e interiorizar mitos, leyendas y cuentos de procedencia heterogénea–, y si el Camino Español –abierto entre Italia y los Países Bajos durante el siglo XVI y XVII– había hecho lo propio en sus dominios correspondientes; la necesidad de mano de obra barata volvía a mezclar culturas en los territorios de cada Estado e, incluso, fuera de ellos. Los deportes, las mitologías, las creencias religiosas, las actividades lúdicas y las propias del trabajo se hicieron internacionales. El Capital obvió sus fronteras geográficas

para asentarse en los nuevos territorios, primero bajo la forma del colonialismo y, después, del imperialismo.

La respuesta no podía ser otra que la reacción a favor de la defensa de las diferentes identidades nacionales. Catalunya y Euskal Herria reinventaron sus Historias propias, reivindicando lo que nunca tuvieron, pero que estaba acorde con los nuevos ideales de la época: la identificación del Estado con la Nación (lengua). En tal proceso de reinvención del pasado recrearon sus mitologías y desarrollaron una serie de actividades que, por un lado, recogieran el bagaje perdido durante la industrialización, y, por otro, adecuaran sus identidades a los tiempos modernos. Algunos catalanes renunciaron a su herencia árabe a favor del europeísmo (en casos como las sardanas); y los vascos optaron por las Fiestas Florales de finales del XIX para recuperar lo poco que quedaba de una sociedad ya extinta. Las guerras políticas del siglo XIX en España no fueron únicamente resultado de la disputa dinástica –como lo prueba la propuesta a Zumalakarregi de asumir el cargo de Rey de Nafarroa–. Sin embargo, las ansias liberales de unificar la cultura hispana bajo los parámetros castellanos supusieron una novedad que aún tienen sus repercusiones en la periferia del Reino. Si hasta el momento se permitía la idiosincrasia propia de las Regiones, a partir de la victoria de los Isabelinos y liberales, la unificación era una obligación. Algunos partidos políticos, hasta entonces indubitadamente españoles, se opondrán en tales regiones a someterse a los designios de la metrópoli, e irán destacando, poco a poco, sus diferencias respecto al tratamiento recibido por la misma, dando lugar al nacionalismo no impositivo.

En el caso de los deportes, el panorama es paralelo. Las ideas románticas volvían a considerar los tiempos pretéritos como ideales a seguir para el retorno a una sociedad mejor. Así se recuperaron los Juegos Olímpicos, y se legisló sobre ellos. Se establecieron las pruebas, las normas, las reglas y leyes siguiendo la jerarquía establecidas por el modelo científico. Y se midieron los resultados, tal y como proponía el método cartesiano. En Euskal Herria, las nuevas ideas del romanticismo se encarnaron en los Juegos Florales, mientras, lamentablemente, la herencia del darwinismo social (de Spencer, Chamberlain y otros) arraigó en posturas xenófobas no ajenas al pensamiento de la época. La región vivió con intensidad los cambios históricos en los que se vio inmersa. Desde las posiciones afrancesadas de la Diputación de Gipuzkoa, pasando por las propuestas de crear un Estado nuevo (la Nueva Fenicia de 1792), hasta las influencias de las tres Guerras Carlistas, vendidas como dinásticas por la prensa oficial del Reino, pero defensoras del Régimen independiente o autónomo de las

Diputaciones; hasta la caída del foralismo tras la victoria de los uniformadores liberales, el siglo XIX no dejó familia sin huérfanos ni instituciones sin reformas. Las ansias de independencia, o de anclaje dentro de los Estados establecidos (Francés y Español) se vieron una y otra vez truncadas por las derrotas militares y la imposición de las armas de quienes no siempre fueron bien acogidos. Los deportes tradicionales, las danzas y cofradías, fueron creando una vasta red, cada vez más densa, de defensa de la singularidad vasca frente a la uniformidad impuesta.

En las universidades imperaron, en primer lugar, las posturas hegelianas, herederas del criticismo, el neo-criticismo, y el empiro-criticismo (de Ernst Mach) derivados de las teorías kantianas; así como la fenomenología de Husserl y otros autores; el vitalismo de Henry Bergson, y los existencialismos incipientes de Kierkegaard. La antropología (Feuerbach), la sociología (Comte), y la psicología (Freud) vieron fructificar sus ideas innovadoras. El materialismo fue un verdadero acicate en el desarrollo de las ciencias donde el estructuralismo, el empirismo, el pragmatismo y otras escuelas encontraron su base y fundamentación. El papel, cada vez más relevante, de las mujeres y las minorías étnicas (afroamericanos sobre todo) cambiaron irreversiblemente la política occidental. El movimiento sufragista, y el posterior feminismo, encuentran a finales del siglo XIX el caldo de cultivo necesario para poder llevar a cabo sus reivindicaciones en una sociedad que no puede prescindir de ellas en tiempo de guerra; lo mismo que las posiciones abolicionistas hacen lo propio en la Guerra de Secesión Norteamericana.

El comienzo del siglo XX se presenta como un verdadero caos.

La danza, el juego y el deporte en el capitalismo de la primera mitad del siglo XX.

El comienzo del siglo, entre las guerras coloniales, la revolución rusa de 1905, la nueva estructuración de Europa, y la Segunda Guerra Mundial, presenta un escenario que, como se ha dicho, es caótico. El interludio entre las dos Grandes Guerras (1914-1918; y 1939-1945), junto a la Guerra civil Española (1936-1939), verdadero ensayo de la subsiguiente, mostró un panorama devastador. Las democracias censitarias, o no, enfrentadas a los comunistas de la III Internacional, llevaron a gran parte de la ciudadanía europea a buscar una tercera vía en diversas formas autoritarias que se han venido en calificar como fascismos.

La participación de las mujeres en la industria armamentística les permitió exigir un puesto de relevancia en la toma de decisiones en el ámbito político y administrativo. Así, se le reconoció el derecho a la igualdad y al sufragio activo, aunque deberán pasar algunos años antes de poder ser elegidas. El sufragio censitario, en virtud del cual sólo se podía votar en función de la renta justificada, fue otro impedimento para que las democracias se fueran asentando en el Viejo Continente.

Las democracias occidentales se mostraban caducas aún antes de comenzar su andadura. Las fuerzas emergentes, tildadas de comunistas (aunque en verdad englobaban a los decembristas y nihilistas rusos; a los anarquistas y anarco-sindicalistas del Mediterráneo; a los **trade-unionistas** y sindicalistas británicos; los social-demócratas alemanes; e incluso algunas versiones del existencialismo opuestas al orden establecido) encontraron un verdadero muro de oposición a sus objetivos políticos, con Leyes de contención, prohibición de sindicatos y actividades, censura a la prensa y un largo etcétera. La izquierda política se mostraba cada vez más fragmentada, y radicalizada, lo mismo que la derecha, ambos contando con fuerzas paramilitares a su servicio. En las postrimerías de la Gran Guerra (1914-1918), los soldados alemanes licenciados, sin el honor de la victoria y sintiéndose traicionados por las autoridades, fueron agrupándose en sociedades secretas, algunas de carácter paramilitar, y otras de vinculación esotérica derivada de las Sociedades Esotéricas de Helena Blavatsky (1831-1891), y quienes resaltaban la primacía de la raza aria y su mitología. La unión de la filosofía Hegeliana, favorable a la creación de un Estado Absolutista de carácter republicano; junto a las teorías derivadas del anarco-sindicalista Georges Eugene Sorel (1847-1922), que defendía al sindicato como base de la estructura natural del trabajo, y que derivará en la creación de los sindicatos verticales, donde trabajadores y empresarios lucharían por los mismos intereses; junto, también, a las teorías y prácticas del socialismo utópico de Charles Fourier (1772-1837) y Giuseppe Garbaldi (1807-1882), quienes pondrán en práctica sociedades autocráticas y auto-gestionadas (los falansterios); y junto, también, a la interpretación interesada por parte del Partido Nacional-Socialista de los pensamientos de Friedrich Nietzsche; todo ello dio lugar a la invención de una tercera vía entre las izquierdas radicales (comunistas) y las derechas sin rumbo. Situación que, como veremos, se repetirá en la Europa actual, y que dio nacimiento a los diferentes regímenes autoritarios que desembocarán en la Segunda Guerra Mundial. Quienes quieran ver en tales movimientos una carencia de ideología, pensamos, se equivocan.

Aparte de sus diferencias ideológicas, ambas concepciones, la comunista (el denominado stalinismo y, posteriormente, maoísmo) y la nacional-socialista (o fascista), las dos poseían puntos de vista comunes en varios aspectos: la creación de una nueva raza (la aria o la proletaria); la importancia del darwinismo social; el rechazo a las concepciones religiosas como explicación racional del cosmos; y otra multitud de cuestiones. De hecho, las adherencias de la URSS a la Alemania Nazi pueden explicarse a partir de tales similitudes.

El enfrentamiento ideológico derivó en su plasmación en el terreno deportivo. Los nazis se vieron obligados a demostrar su superioridad en los Juegos Olímpicos de 1936, donde Hitler se negó a presenciar la victoria de los afroamericanos en las pruebas en que fueron vencedores. Las victorias de los atletas procedentes de la URSS y su entorno ideológico fueron silenciadas en España, por considerarse cuestión política de índole interno. El deporte se había convertido en arma arrojadiza y propagandística de cada ideología en liza.

La danza, el juego y el deporte en el capitalismo de la segunda mitad del siglo XX. Capitalismo y globalización.

Tras la derrota de las dictaduras de signo fascista en la Europa occidental, las democracias volvieron a acceder a su puesto perdido. El mundo occidental, sin embargo, se vio dividido entre los satélites de la URSS y los proclives al bloque liderado por los EEUU.

El periodo comprendido entre la derrota de los fascismos en Europa, y la caída del Muro de Berlín (1945-1989) constituye la época en la que los bloques occidental y soviético se enfrentan en todos sus frentes.

Como características fundamentales hemos de considerar que el bloque occidental, por miedo a las reivindicaciones esgrimidas por las fuerzas del Este, mitigan su capitalismo feroz, llegando a lo que se ha denominado “estado de bienestar”, tomando como modelo a Suecia y sus adláteres. Europa se estabiliza. La Guerra Fría desplaza sus teatros de operaciones al continente negro, al Este de Asia y a Sudamérica donde se crean guerras localizadas que defiendan los intereses de las metrópolis. Las ayudas de los gobiernos socialistas a las guerrillas, y su contrapartida por las administraciones norteamericanas a la contra-insurgencia (Plan Colombia, Escuela de las Américas, la Operación Cóndor, la Operación Gladio, los atentados auto-infligidos para culpar a los oponentes, etc.) –algunos libros de interés sobre el tema son: Noam Chomsky,

El nuevo orden mundial (y el viejo), ed. Crítica, biblioteca de bolsillo; Samuel Blixen, **Operación Cóndor**, ed. Virus; Santiago Camacho, **Las cloacas del imperio. Lo que EEUU oculta al mundo**, ed. La esfera de los libros; Roberto Montoya, **La impunidad imperial. Cómo EEUU legalizó la tortura y “blindó” ante la justicia a sus militares, agentes y mercenarios**, ed. La esfera de los libros; Pascual Serrano, **Desinformación. Cómo los medios ocultan el mundo**, ed. Atalaya; y Bruno Cardeñosa, **11-S Historia de una infamia. Las mentiras de la “versión oficial”**, Ed. Corona Borealis). La guerra fría no limitó su terreno de contienda al ámbito militar. Las actividades deportivas cumplieron bien su objetivo de pantalla propagandística en el nuevo orden. En la España franquista, por ejemplo, estaba prohibido mencionar las medallas olímpicas conseguidas por el Bloque Soviético.

En esa época, los deportes y deportistas pasan de considerarse acontecimientos interregionales, a ser tratados como algo identitario. Los equipos deportivos, sobre todo los de masas como el fútbol, dejan de contratar a autóctonos para pasar a completar plantillas con extranjeros que, poco a poco, salvo el Athletic de Bilbao –que aún hoy en día sigue nutriéndose de la gente de la tierra– van a contar con más futbolistas inmigrantes que de la propia cantera. Por otro lado, se van estableciendo una serie de normas que unifican la práctica atlética; y, además, la financiación de las competiciones irán recayendo cada vez más en entidades públicas y privadas que, a cambio de mostrar su propaganda en las camisetas, patrocinan las competiciones. Por último, la influencia de los medios de comunicación de masas incidirán en la propia práctica deportiva (frontones oscuros para que resalte la pelota blanca; el uso de **gerrikos** o fajas o cinturones que permitan identificar mejor a los oponentes; y otras medidas que dejan a un lado la propia competición a favor de la propaganda). Es lo que se puede llamar como etapa capitalista del deporte, donde éste pierde importancia como tal, y es la mercantilización quien verdaderamente toma relevancia en contratos propagandísticos, en intercambio de estrellas, o en horarios de retransmisión, buscando los mayores índices de audiencia por las cadenas informativas.

La danza, el juego y el deporte en el capitalismo de la segunda mitad del siglo XX y La Post-globalización.

El comienzo del siglo XXI va marcando algunas diferencias respecto al siglo anterior. En primer lugar, el mundo religioso, que en Europa había comenzado a abrirse desde el cristianismo a otras prácticas, y cerrado por el papado de

Benedicto XVI (pontífice que participó en la *wertmacht* de joven y cuyo nombre coincide con el de Benito Mussolini, el dictador fascista italiano) que amenazó a los franciscanos con la excomunión por concelebrar misas con creyentes de otras confesiones; cambió de rumbo con el Papa Francisco (jesuita, a pesar de que las reglas de su congregación prohíben tal nombramiento) buscando una Iglesia de los pobres (llegando a denunciar el genocidio armenio, algo a lo que ni siquiera algunos Estados han llegado en la actualidad), y la reconciliación de los credos.

También es interesante comprobar que las Ciencias, hasta el momento consideradas la panacea del saber cierto, comienzan a tambalearse. En este terreno conviene señalar lo anecdótico, hasta el momento, que entraña la experiencia de la UPV-EHU al organizar un curso de la Universidad de Verano centrado en el papel de la magia en la enseñanza y las ciencias, tímido pero significativo aporte a los cambios que se van realizando.

En política y economía, la oposición de grupos de opinión emergentes frente a los intereses capitalistas (bancarios) de Grecia, Irlanda, Islandia y Dinamarca, España y Portugal, e Italia, por un lado, y sus derivaciones en los auges nacionalistas de Flandes, Escocia, Catalunya y Euskal Herria, por el otro, plantean una nueva relación social que va desde abajo hacia arriba.

Es difícil aventurar el devenir que le espera al deporte en todas sus modalidades, sin embargo, las nuevas presiones fiscales que se prevé que se van a realizar sobre los deportistas profesionales dan que pensar sobre su futuro que, posiblemente, vuelva a sus orígenes más autóctonos. La más que posible división de la España actual va a conllevar la creación de selecciones propias de algunos de sus territorios.

Todo ello, por su parte, va a incidir en la cosmovisión de un mundo globalizado en pos del aumento de las regiones y sus deportes propios.

Por último, el modelo guerrero de la globalización, es decir, la creación de un escudo anti-misiles preconizado y rechazado en la era Bush; la figura de gendarme universal de los EEUU frente a un terrorismo sin identificar; y otros mitos, van a ir cayendo paulatinamente.

Su reflejo en el deporte es incierto –ya que todavía es pronto para hablar de post-globalización–, pero parece que las líneas avanzan a una recuperación de las prácticas autóctonas y más participativas.

古代からポスト・グローバル時代までのバスク地方と 世界におけるスポーツ文化私論

パブロ・アントニオ・マルティン・ボッシュ (アリチ)

狩猟と闘いは遙か昔より、ダンス・儀礼およびスポーツ的なものと密接な関係があった。

旧石器時代に描かれた弓矢は、当時の魔術的思考だけでなく、部族対立の血なまぐさい歴史と繋がることを示しており、最終的にはスポーツ競技としての独自行為であるとみなされてきた。

経済の発達は、狩猟・採集から農業定着へと移行するときに、現状を理解することつまり世界観の変化を生んだのである。同時に城塞建築や闘いの技術にも影響を与え、これらとともにコレオグラフィー（ダンス）や農耕歴の祝祭、そして今や防衛に必要なスポーツが引き合いに出されるのである。

ギリシアやローマなど西洋古代は、その時代の終わりには無残な姿をさらけ出す大都市へと広がりを見せていた。ギリシア市民法を望まない人々へ軍隊の創設を強制するようになり、ローマにおいても前線警備として奴隷を解放しなければならなかった。コリバンテ・ダンスやダクティロ・ダンス（武装僧侶）は軍人と僧侶集団との関係を是とした。

ヨーロッパ東方地域の比較的温厚な民族の侵入によるローマ帝国没落は、ヨーロッパの都市生活や農村への帰還（ager y saltus）、兵役および哲学的思考に大いなる変化をもたらした。キリスト教の定着は簡単ではなかった：初期において一部のローマ人およびユダヤ人への迫害は、通常は隔壁がなかった人々にとって「兄弟殺し」の闘いとなり、これはクレド（信）の具象となった。そして遂にイスラムのヨーロッパ到来は新たな敵を創り出し、異端という内部抗争や教会の継続的分裂は後方へと追いやられた。

封建主義や教会支配によって生産の経済交流は変化せざるをえなかった。闘いの技術とくに歩兵の騎士団隊形に決定的な影響をあたえ、戦術訓練として実践演習が出現し、スポーツ競技会やそれに伴う民俗的活動、具体的にはクカーニャ、長弓、剣術、棒術などが現れた。

サンチアゴ巡礼道はイベリア半島のアラブ支配前線を強化することに役立ち、異文化間コミュニケーションの新しい回路を発展させた、つまりイベリア半島文化と大陸やフランスの文化とを融合させたのである。カスティリアとアラゴン両王国の超開放的領地により、ルネッサンス時代はイタリアやオランダへスペインルートを開くことになり、政治的・軍事的だけでなく知の発展をも招いた。これらが一体化して火薬使用及び遠隔地軍隊の維持は軍備革命を起こしたのである。つまり軍隊組織や補給および戦争を想定した演習や訓練などを開発したのであ

る。戦争は日常性に反映され、新たな軍事技術は宗教の重要性を徐々に変容させて諸科学を受け入れたのである。

一方、当時（ルネッサンスや経験主義）の哲学は科学やその概念だけでなく、スポーツや戦争およびフォークロアにも影響をあたえた。弾道の研究は数学的計算による戦費縮小を実現させた。同様に倫理に関する幾何学的マニュアルを作成し、それはフェンシング、格闘技の手引き作成へと進展していく。

19世紀は戦闘技術にあまり大きな変化はなかった、それゆえスポーツやフォークロアも同様であった。しかしナポレオン・ボナパルトや自由主義政党による文化統一は、土地の言語と文化に根をもつ伝統主義者との間に軋轢を生じさせた。ドイツとイタリアはその最初の国々であり、その目的は20世紀初期におけるローマ帝国やドイツ帝国の再建であった。スポーツ、戦争の必要性（健全な民族維持の必要性）およびフォークロアは、各民族が最重要とするものを強調する武器となったのである。

一方、資本主義の導入に端を発した移動は、ことなる土着文化（バスクのような）に危機をもたらし、それはまた外部影響への反抗となった。19世紀後半や20世紀を通じて、複数国民国家に埋没したナショナリズムは、花遊び（Juego de Florales）、ダンスによる誇示、他のエキシビションなどを寄せ集めて歩み始めたのである。

各文化の特徴を維持しようとする動きがある一方で、前資本主義（Relaciones Pre-capitalistas）、資本主義、植民地主義および帝国主義の段階を通過した資本主義は、グローバリゼーションへと舵をきった。それは経済的、政治的、軍事的利益があたかも一企業あるいは一国が扱うように全体あるいはグローバル村という一つの世界として把握される。経済がヨーロッパや米国的手中にある間は軍隊の役割は限定的であったし、バチカンもそれを正当化していた。スポーツもまた商業的視点の範囲内で影響を受けていた。事業達成のための広報、ビッグビジネス、画一性に優先権を与えたが、現在はメディア情報やコミュニケーションおよびテレビゲームなどの手段と化している。

現在は社会的正義が好まれる傾向にある。この動きはあらゆる思考に変化をもたらし、スポーツ、戦争、フォークロアにつながる何かと出会うことだろう。

21世紀には新潮流が到来している。カトリック教会は過去の反省として、弱者（難民、ホモ・セクシュアル、女性など）に援助の手を差し出している：新たな政治組織はギリシア、スペイン、イギリスにおいて新たなカーストと向き合うであろう：経済は市場よりも個人と向き合っている：これらが今後どこへ向かうかは別として、「根」に回帰することは当然と思われる。それは新ルネッサンスと言ってもよく、重要な点である。